www.flacsoandes.edu.ec

José Joaquín Silva

CALABOZO 51

RELATOS ECUATORIANOS

(866)

EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECCIÓN GENERAL: ANTONIO ZAMORA
OFICINAS: SAN JOSÉ 1621 AL 1645. -- BUENOS AIRES

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

José Joaquín Silva

CALABOZO 51

RELATOS ECUATORIANOS

10055 1993

004801-J.

EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Primera edición, junio de 1948

Derechos reservados para toda la América Latina.
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentina.
Copyright by EDITORIAL CLARIDAD, S. A., in 1948.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Inv E0050307
F: 8026

863
S886i

A SARA,
que deseó este libro.

100555-193

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A la memoria de Humberto del Pino, miembro de la Fracción Universitaria de Izquierda.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CALABOZO 51

Desde las cuatro puntas de la cárcel, sobre las murallas, vigilaban cuatro gritos sucesivos, que se repetían, intermitentes, en la noche de hierro:

—Unooooooooo.

—Doooooooooos.

—Treeeeeeees.

—Cuatrooooooo.

Cuatro gritos. Cuatro paredes negras, el calabozo. Jaime Rivas siguió la dispersión de los ecos, que huían como lechuzas. La sempiterna oscuridad que le sitiaba dió a sus ojos un poder de luz secreta. Vió el paisaje de Naranjal, con su cielo de loros, una flecha verde señalando las nubes. Pasaban dos veces en formación aviónica, por la madrugada y a las 5 de la tarde, hora en que regresaban de las huertas de cacao. La prisión inexorable le entregó, además, el talismán de la fuga. Con rapidez de transformista se puso el uniforme de policía que, seguramente, Clara debió llevarle en la última visita. Los barrotes, convenientemente limados, cedían a su cuerpo. Estaba desierto el patio de la cárcel. Sus puños golpearon con autoridad la puerta grande. Era el minuto de contener la respiración: cambiaban de guardia. Los gendarmes, ojos y músculos de forzada vigilia, se cuadraron militarmente a su paso. Con la visera de la gorra curvada hacia la cara, ganó la calle. ¡Por fin, libre! Los gritos de los cuatro centinelas caían entonces sobre él y, maniatado, lo encerraban de nuevo en el calabozo 51.

—Unoo. Dooos. Treees. Cuatrooooo.

¿Desde cuándo estaba en el país de las húmedas sombras? El recuerdo era impreciso. Había perdido algo de la noción del tiempo y del espacio. Viviendo en la oscuridad,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

junto a personajes desconocidos, que bogaban también en el lago negro, sus sentidos nacieron, otra vez, a una realidad distinta. Tenían que perfilarse, que volverse sutiles hasta el éxtasis y la hiperestesia. De otro modo no habrían logrado aprehender la línea del tiempo sin fronteras que, no recogiendo el último aliento del día, era sólo una noche falsa, una noche que ignora cuándo principia y acaba ella misma. A veces el tiempo se llenaba de una niebla lechosa, flotante e inquieta. Era el día. En cambio, la presencia de la noche se advertía por síntomas más subjetivos que externos. Cuando la piel de los hombres era tocada y por ella sentían el día, en el lienzo oscuro del calabozo aparecían siete agujeros de luz. Los presos encendían sus velas, señales de que estaban allí todavía. Las figuras se movían en el extraño bosque de plantas ígneas. Jaime Rivas aparecía tendido en la silla de lona, entre dos velas, crepitantes como cirios, clavadas sobre los brazos del mueble. Era un cadáver que leía fijamente libros insondables, páginas y páginas de eternidad. De pronto, a cualquiera hora del mundo, las llamas morían con la inocencia de las rosas y en la región de las noches artificiales se apagaba otro día. Entonces los cuerpos se presentían nítidamente, se reconocían en detalles imperceptibles, concretaban su mutua e invisible ubicación. Entonces las almas se evadían por los desfiladeros del sueño alucinante.

* * *

Refrescó su cara, largamente alumbrada por la lámpara de kerosene. Debía llegar del río esa brisa furtiva. La calle dormía anestesiada por los vapores pantanosos. En el lodo podrido trabajaban los sapos. Pendiente de un alambre, nunca terminaba de caer una gota de luz eléctrica, cuyo resplandor avergonzaba a la pobre casa de caña. De repente los techos de cinc se pusieron a murmurar. Al principio fué como la carrera leve de una ratita asustada. El

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rumor se hinchó luego, creció en aristas, multiplicó sus patas vibrantes, hasta que galopó audazmente por los tejados. El viento era su cómplice. Los estentóreos invasores se dejaron caer de los techos, resbalaron por la sombra, se precipitaron envueltos en oblicuos remolinos, mientras las ranas amotinadas los esperaban, abajo, con una salva de aplausos. Un fragor total se apoderó de la noche. "Llueve —pensó—; qué bueno, va a refrescar". Bajó la persiana y volvió hacia la lámpara.

Releyó el esquema de la conferencia: "Proporciones del Kuomintang en el movimiento mundial. -- Sun-Yat-Sen, el testamento político. -- ¡China despierta! -- La Revolución de Octubre y China. -- China contra el imperialismo. -- Ojo: hay que destacar las guerras del opio y la siniestra misión de Inglaterra en el Oriente. -- Chiang-Kai-Shek, el traidor. Su disección". Seguían los renglones de letra virada, las flechas que unían líneas distantes, las llamadas, las enfáticas observaciones, escritas con la punta del lápiz mojada en saliva. Un dolor emboscado hízole llevar las manos a la cabeza. Sintió revolotear una música de quinina en sus oídos. "Sé lo que voy a decir, más o menos. Me falta ordenar". Vino a su memoria el gesto suficiente de Quijano. Lo vió con el diario arrugado entre las manos y los últimos cables de la revolución china en los labios. "Propongo que el compañero Rivas hable en el curso de capacitación sobre los problemas del Extremo Oriente". Recordó el ademán nervioso de Viteri, su característica impaciencia, manifestada siempre que iba a pasar una resolución sin una partícula suya. "Compañero director: Yo, ampliando la idea, pido que sea una conferencia pública en la Sociedad Hijos del Yunque". Sintió con mayor lucidez los indicios del ataque palúdico, el cuchillo romo haciendo un tatuaje en la espina dorsal, el dolor intangible, el laso bostezo. Tomó de la mesa un libro, subrayado por él innumerables veces, que mostraba en los márgenes sus anotaciones, como plantas trepadoras. De los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bordes salían unas lenguas de papel, que tenían, escritos con lápiz rojo, unos títulos convencionales, dispuestos para la caza rápida de la cita. "Creacionismo", "Ultraísmo", "Futurismo", "Cubismo", "Suprarrealismo". Recorrió algunos pasajes, saltándose páginas, deteniéndose en las notas manuscritas. Por tercera vez hacía una excursión a las zonas erizadas de las vanguardias europeas. Vió conspirar de nuevo en los cafés y "ateliers" de París a Mallarmé, el Maestro, rodeado de sus doce apóstoles, Picasso, Juan Gris, entre ellos. Sorprendió el asalto a los escenarios de los teatros italianos, organizado por bandas que capitaneaba la insolencia de Marinetti. Fué al circo surrealista y contempló los volatines de Tristán Tsara, el clown cínico. Presenció el duelo concertado entre el untuoso Valery y el rudo Huidobro. Penetró en el ensordecedor laberinto de las jornadas futuristas, probó la droga del amor al peligro, estuvo en la creadora destrucción de los salones consagrados, donde los artistas, exhibiendo los desnudos de sus amantes, convertían a las exposiciones pictóricas en "mercados de jamones podridos". Asistió, en fin, conmovido, al nacimiento de metáforas, lienzos, estatuas y sinfonías.

La lluvia aumentaba poderosamente el redoble de sus tambores. Hermoso y áspero tiempo de conquistas. Mi generación salta al otro lado del paisaje, mientras la tierra baraja cataclismos. "Vaya, debo anotarla. Es una frase de esa época, ella me la robó o yo se la robo". Las vanguardias murieron en las trincheras del catorce. Cumplieron su historia, incinerando los huesos pensantes de los académicos, asesinando los claros de luna, demoliendo los museos, juzgando en vida hasta más allá de la muerte, humillando en todos los casos el gusto burgués. Pero no crearon lo fundamentalmente vital. Fué una revolución en la forma y una reacción en el contenido. Las vanguardias europeas extrajeron materiales estéticos desconocidos y aportaron su técnica, sin dar a la literatura y al arte una

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nueva entraña. Escribió apresuradamente en el ángulo de la página: "Demostrar cómo la crisis económica y espiritual de preguerra se reflejó en la mentalidad pequeño burguesa de los intelectuales y por qué, en la minada cultura burguesa, tenía que explotar el terrorismo de las vanguardias". Con el ruido de una tela seca que se rasga, nació el llanto. Pronto tomó su forma virginal. Clamor alargado, primero, como el sonido ronco del cornetín de juguete que tuviera suelta la lengüeta; después, agudo e interrumpido convulsivamente, como si la traviesa mano tapara y destapara la boca del instrumento, aprisionando y libertando las vibraciones que produce el soplo continuado. Bajó rápidamente la mecha de la lámpara de kerosene y se acercó de puntillas al lecho. Clara metía un pezón en la boca del niño. A través del toldo de gasa se miraron. El niño mamaba con un vago y satisfecho quejido. Brillaba la frente de ella. Otra vez sudando frío, su eterno sudor de la noche, paludismo larvado. Sobre la silla había una taza con un resto de café. Paladeó un sorbo, caminando hacia la mesa.

Pasó la ráfaga de imágenes y metralla. Ahora hieden los cadáveres. Marinetti, esa carroña fascista. Debo escribir un artículo que se llame "Fusilamiento de Marinetti". Y otro, dedicado a Monsieur Valery, esa vieja cocotte, amante oficial de los Bergson y los Keyserling, los últimos baluartes del pensamiento burgués. Y América... siempre en lo trágico, trasnochada y romántica, comenzando a emocionarse con los fuegos fatuos de las vanguardias, justamente cuando en el viejo mundo las vanguardias, enemigas mortales de los museos, están archivadas en los museos. "Tienes que luchar, compañero Rivas, en dos frentes: con los poetas criollos del disparate puro —"el arte por el arte"—y con los advenedizos poetas revolucionarios, que se sienten tales porque exhiben en mayúsculas, dentro de la mayor coquetería tipográfica, la palabra revolución.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Nada de beligerancia en la obra y neutralidad u oportunismo en los hechos. Con o contra el proletariado. Para interpretar los sufrimientos y las esperanzas de las clases oprimidas hay que sentir en carne propia. Y sólo en el combate es dado expresarse y rebelarse. El escritor y el artista serán revolucionarios si militan en la vanguardia de la clase obrera, el partido comunista ecuatoriano. Fuera del partido no se concibe la existencia de. . ." Quijano interrumpió con el aplauso de sus manos huesudas, produciendo un ruido de crótalos, en tanto que sus ojos enrojecían hasta ser dos cigarrillos encendidos. Los aplausos se generalizaron, mezclados al ímpetu de la lluvia. Entonces Viteri, de un grito, tomó la palabra. Todas las cabezas se volvieron a mirar su estridencia, una llama verdosa que le desencajaba el rostro y le manaba de la boca como de una fuente. El hilillo de bilis luminosa, baba de arácnido, se alargaba desde el cerebro transparente hasta el signo oratorio, el índice rígido. Habló varios días y varias noches. Nadie supo lo que dijo, pero los vapores del discurso fascinaron a los oyentes. "Estoy de acuerdo y en desacuerdo con el compañero Rivas. . . estoy con él en la medida en que. . . su razonamiento es justo, pero debo. . . aplicando la línea marxistaleninista, estimo. . . concretando la idea, YO hago la moción de que. . ." Cuando salió del cerebro la punta del hilo fosforecente, Viteri cayó en el asiento con el pensamiento roto.

Clara gimió, desde el lecho: "No tomes más café, te vas a enfermar". El dolor se precisaba ya en las articulaciones de las manos. Para expulsarlo, de nudillo en nudillo, se fué pinchando con el lápiz. Acercó la mano abierta al tubo de la lámpara y contempló la sangre al trasluz. "¿Estaré anémico? Seguro. El paludismo organiza a toda hora un *progrom* de glóbulos rojos. Bien; es imprescindible aclarar dos cuestiones. Una: en el Ecua-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dor urge desinfectar el ambiente literario y artístico. Dos: en el Ecuador hay que crear la literatura y el arte de las masas. O sea, teorema: forma revolucionaria —las vanguardias dejaron una herencia— y contenido revolucionario. Demostración... Muy sencillo. No es tan simple, compañero. ¿Literatura revolucionaria? ¿Dónde están los cuadros? ¿Quién va a organizarla? ¿Para quiénes? ¿Tal vez para el indio, que se alimenta de parásitos, y el montuvio cenizo y el artesano analfabeto? Exacto, para ellos. Tienen derecho al pan y al canto. Usted divaga y plagia, compañero. Ese verso del pan y del canto no es suyo. Por lo demás, ¿no sabe que la cultura es un monopolio, un arma de las clases dominantes? Digamos, si gusta, expresión artística documental, literatura y arte de las clases medias, letradas, al servicio del proletariado. Pero, compañero, las clases medias, la pequeña burguesía... ¿Olvida usted que es una clase resbaladiza y culpable, condenada al movimiento pendular, que es una clase incapaz de hacer la revolución y, por tanto, de expresarla?"

En una sala de la Universidad estaban siete muchachos, conspirando con un libro. Vibraba la recia voz de Merchán. "Siendo la dictadura del proletariado una fugaz etapa histórica, un período de transición, no puede madurar en su seno una cultura, una cultura específicamente proletaria. A lo sumo preparará las bases de la nueva cultura socialista. Cuando advenga la sociedad socialista, el proletariado habrá dejado de existir como clase. Entonces será definitivamente imposible la formación de una cultura proletaria". El libro era "Literatura y Revolución", de Trotzky. El estilo y el pensamiento del escritor deslumbraban. Los estudiantes discutían ardientemente. La VAPP se había reunido en Moscú para contradecir a Trotzky. Los estudiantes absorbían también las resoluciones de los intelectuales soviéticos. Había una nube en su frenético paraíso. ¿Qué pasaba en la amada y lejana Ru-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sia? ¿Era factible una literatura proletaria en el Ecuador? Los estudiantes hablaban y fumaban. A través de las persianas se filtraba el sol crepuscular, que dibujaba rayas en las paredes con tiza de color naranja. Las lecturas colectivas tenían algo de capilla y de secta, de laboratorio y golpe de Estado en la "Fracción Universitaria de Izquierda".

—¡Bah! Los intelectuales de "la justicia social", un montón de porquería. Veamos, Jaime Rivas, qué haces. Eres un náufrago, un desorientado, como los demás.

—Mientes. Sé a dónde marcho, por qué combato, a quién odio y a quién amo.

—Sí, una fuerza elemental, posesa, una carga de libido pronta a estallar. Examina alguna vez el fervor de tus campañas, recoge el sentido de tus "boutades" estudiantiles, recuerda tus puñetazos en la cara del público, tu corrosiva intransigencia, tu burla indómita, tu cinismo helado en el corazón . . .

—No sigas . . .

—¿Hay en todo aquello la diabólica angustia que sacudió a las generaciones vanguardistas de Europa y a los rebeldes de todas las edades?

—Quizás, pero hay también una raíz hundida en la vida, en una realidad, en el cuerpo de una clase social. Voy a aclararte, compañero. En primer lugar, mi armazón ideológica . . .

—Juiu-juiu-juiu-juiu . . .

—Basta. No tienes por qué silbarme. Aunque dudes, mis convicciones, mi soledad macerada en lecturas, mi acción apretada al partido, mi infancia ennoblecida por la miseria, mi hijo, Clara . . . ¿Entiendes? Soy un revolucionario de nacimiento.

—Comprendo, Jaime. Saboreas con delectación tu pobreza, con ella te armas y envaneces. Eres un individualista refinado, un narcisista, diría. Te he sorprendido. Reduces tus lecturas a un polvillo fluorescente; es tu alca-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

loide. Después lo absorbes, con la voluptuosidad del iniciado, y te lanzas a la calle. Euforia. ¿Quieres una semblanza? En la forma: te fascinan las joyas vanguardistas por snobismo, eres un retórico vicioso, un cursi que tiene la habilidad de esconder su cursilería. En el contenido: amas a la revolución como deseas una estrella, porque la sabes inalcanzable a tu pequeña estatura. En política eres un lírico sin sangre. Un milímetro menos y habrías caído en la generación anterior. En vez del materialismo dialéctico te habrías entregado, como Arturo Borja y Ernesto Noboa, a los paraísos artificiales.

—Protesto, compañero director . . .

—No protestes. Te absuelvo. Sucede que tú, yo mismo, los inefables artesanos del partido, todos bogamos en el vacío. Nos ha tocado combatir en una etapa desgraciada. Nuestra generación ecuatoriana es prócer. Somos los precursores destinados al sacrificio. Lenin nos habló y nos incendió. Antes, el viejo Marx y Engels y Hegel y la serie consanguínea y colateral de nuestros ideólogos. Sabemos que el capitalismo agoniza a distancia; no lo vemos. Sabemos que la revolución enjugará los labios marchitos de los hombres y que la dictadura proletaria es hermosa para muchos. Mas, nosotros, los jóvenes de la América india y mestiza, vivimos una historia que es un cenagal, nos hundimos, llenamos la ciénaga con nuestros cuerpos para que pasen los otros. Te predestinas, compañero Rivas, revolucionario de nacimiento. Te convendría mejor ser hijo de la revolución.

—Hablas como un político socialdemócrata que, ante la inminencia de su vejez, sintiera el pánico de no llegar a ministro.

—Es falso. Defiendo el derecho de mi vida a la revolución . . .

—Frase . . .

—El derecho de mi generación . .

—Generaciones, generaciones. Has bebido mucho el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

líquido insípido de Ortega y Gasset. No alcanzas a la dialéctica de nuestro movimiento.

—Quien no comprende eres tú y contigo la masa. ¿No adviertes la sucia indiferencia que nos rodea? ¿No ves hace años en el partido las mismas caras estrujadas? Bogamos en el vacío, porque vivimos una etapa miserablemente prerrevolucionaria, porque se pierden en la distante inmensidad los horizontes de Lenin, porque jamás, mientras vivamos, nos será dado interrumpir la labor de un libro, como El, templando el acero de esta frase: "Es más agradable vivir la revolución que escribir acerca de ella".

—Un momento, camarada Gusano. En segundo lugar . .

El tubo de la lámpara fué languideciendo. Su brillo puro se tornó en sombra café y luego negra. Un humo de kerosén esparció su olor por la habitación. La mecha comenzó a parpadear. Eran las convulsiones de la luz que no quería morir. El pequeño mundo de fuego se fué extinguiendo. Tomó la lámpara seca y la agitó. Un claro destello de alma que abandona el cuerpo iluminó la mesa llena de libros y papeles. Después, el cuarto quedó a oscuras. Al fondo del mismo, la mujer tosió y, sobresaltada por el despertar del niño, la tos se convirtió en un arrullo bajito: bsbsbsbsbsbsbsbsbsbsbs.

* * *

—¡A ver, *un segundo!*

El plato pasó de mano en mano, hasta llegar al petate en que yacía el calenturiento. Después de todo, ese arroz macilento, que formaba inmensas bolas en la lata de gasolina, era, según los presos, "más comible" que *un primero* —agua mantecosa en la que veteaban los ralos fideos— y menos nauseabundo que *un tercero*, colada sin dulce ni sal, mugrienta bajo la linterna del guardián, como las aguas de las zanjas urbanas. El pobre serrano comía hasta har-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tarse. Era el único; los demás insultaban, pateaban los baldes repletos, rugían como fieras hambreadas. Cuando el guardián se alejaba iban llegando los "pasadores", acuciosos mandaderos del túnel sin fin. Cada uno recibía según su dinero, su poder y su astucia. El ambiente olía a cocina hogareña. Luego, en el rincón de siempre, se quejaba una guitarra.

King-Kong se irguió y caminó hacia la letrina. La sombra se balanceaba como un barco mal estibado. Un olor a carroña infectó el calabozo. Detrás de él se deslizó otra sombra más pequeña. *King-Kong* dió un grito, largo clamor metálico.

—Aaaaa, pasadooooooor.

La luz de una linterna se proyectó desde la puerta. El preso ordenó:

—Anda donde *Marejada* y pídele dos cajetillas de Progreso. Que digo yo.

El mensajero regresó en seguida.

—Dice que no tiene.

King-Kong se enfureció.

—¡Ah, desgraciao! Anda, dile que apenas salga al asoleo lo cojo.

El "pasador" volvió con los cigarrillos. La sombra los tomó y retornó pesadamente hacia su luz. Se tendió y permaneció callada, en actitud supina.

* * *

En la primera banca, tosca banca de iglesia, dominaba la cabeza zamba del compañero Pedraza, "compañero" cuando estaba presente, "el negro Pedraza" cuando volvía la espalda. Junto a él, su inseparable compañero, "el serrano Izurieta". Formaban una pareja atada por contrastes y afinidades. El uno, de carne prieta, que se derramaba en la papada colgante, en los pectorales, en el vientre todopoderoso. El otro, de carne alba, que se derramaba en la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

papada colgante, en los pectorales, en el vientre todopoderoso. La malicia costeña brillaba en los ojos negros y dulces de Pedraza, almendrados ojos mulatos, bajo la frente estrecha y los anillos indómitos de la cabeza. La desconfianza socarrona del serrano dormía en los ojos buenos, cenicientos, ojos de animal pesado, bajo la frente quemada y los cabellos de pelusa de choclo. Pedraza reaccionaba apasionadamente, su cólera arrastraba los obstáculos con ímpetu de río crecido; pero, una vez desbordada, lamía las orillas del olvido con la plenitud de los mansos aguajes. Izurieta era tranquilo, jamás hervía su superficie; pero guardaba avaramente sus rencores, los fermentaba en las tinajas del recuerdo y se embriagaba secretamente con ellos. Los dos eran artesanos de la vieja guardia mutualista, se aferraban con la misma fuerza al pasado idílico del obrerismo guayaquileño y miraban inquietos la avalancha sindical. El "negro" Pedraza se había atrincherado en la Sociedad Hijos del Yunque, una central dudosa, de la que era invariable Presidente. El "serrano" Izurieta era el dirigente irreemplazable de la Confederación de Sastres. Ambos se sentían "genuinos representantes de la clase obrera" en el comité provincial del partido comunista. Su influencia como tales era notoria.

Comenzó a discurrir sobre la revolución china. La sala estaba llena de hombres modestos: camisas limpias y sacos de dril. El calor de marzo hacía caer los brazos. Vacilaron las primeras frases, se arrastraron inermes como cangrejos que acabaran de mudar la cáscara. Las demás, a medida que se sucedían, iban cobrando sonoridad y consistencia, hasta que las frases se aceraron, se volvieron enhiestas, ocupando cada una su justo sitio en el duro edificio de la lógica. Una densa pesadez, sin embargo, entorpecía la disertación, por culpa del café puro y de las veinticuatro horas sin alimento. ¡Tazas y tazas de café recién destilado, que se toma en medio de una extraña embriaguez, para sostenerse de pie y sentir el aire delgado, la piel aca-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

riciada, el cerebro repentinamente claro y repentinamente oscuro, como los avisos luminosos! El "negro" Pedraza dormitaba en su asiento, los brazos abandonados, la cabeza vencida, el hule de la cara resplandeciente de sudor. A su lado, el "serrano" Izurieta dormitaba también, por simpatía. El aire tibio invitaba, la voz del conferencista arrullaba, el proceso digestivo obraba como un blando estupefaciente. El estudiante Jaime Rivas estuvo a punto de creer que era ridícula su charla sobre las proyecciones del Kuomintang en el movimiento mundial. Pero las últimas frases levantaron el oleaje del aplauso, frases calculadas dentro de la arquitectura de la conferencia, justamente para eso, provistas de palabras marciales que marchan adelante como abanderados: POR, CONTRA, ABAJO, VIVA. Pedraza despertó, echó una mirada circular, de niño sorprendido en falta, y descubrió que eran burlones los ojos del compañero Rivas. Unas burbujas de ira le picaron la garganta. Tosió. La mayoría de los asistentes abandonó el salón.

En torno a la mesa, sobre la que pendía una ampolleta de luz intensa, se agruparon los seis miembros del comité ejecutivo provincial. Los demás —unas treinta personas— ocuparon los asientos cercanos. Iba a sesionar la asamblea general del partido comunista. El compañero director impuso silencio. Ordóñez leyó emocionado el primer número de la orden del día: "1) Reorganización de los cuadros directivos". Algunos contuvieron el aliento. Esa lectura era la señal que cada uno de los bandos había esperado de semana en semana, atrincherados en su respectiva barricada.

El "negro" Pedraza rompió los fuegos. Descargó su odio "de clase" sobre los intelectuales, elementos perniciosos que, procediendo de las clases medias, se filtran en el movimiento obrero con fines bastardos. La pequeña burguesía oscila entre el proletariado y la clase capitalista.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tenía apuntada una cita de Marx. Extrajo del bolsillo un papel y declamó con voz tonante. Se fué indignando progresivamente. Encontró los adjetivos más virulentos. Y, secándose muchas veces el porfiado sudor, terminó proponiendo el cambio de la mesa directiva y la elección de nuevos miembros, exclusivamente proletarios. Replicó un empleado municipal, Secretario de Agitación y Propaganda. Estaba intimidado. Dijo inseguramente que Lenin fué un pequeño burgués. Concluyó, sin embargo, dando la razón al compañero Pedraza. Había que proletarizar al partido. El "serrano" Izurieta habló en seguida. Su admirable memoria revisó, uno a uno, los casos de intelectuales que sedujeron mañosamente a los gremios, se apoyaron en éstos, se encumbraron y los traicionaron. Fueron abogadillos de uñas negras, escritores románticos, verbosos estudiantes, eruditos maestros. Citó nombres, fechas, cargos públicos, sumas de dinero. En la discusión, Izurieta era el soldado que durante la batalla se desliza a ras del suelo, llevando proyectiles a los suyos, hurtando el cuerpo a los disparos enemigos, para alimentar la furia del compañero Pedraza, hasta que éste enmudecía, vencido por la excitación, como las ametralladoras de cañones recalentados.

El estudiante Jaime Rivas sintió vergüenza de su origen. Las miradas del compañero Pedraza le atravesaron. La palabra "intelectual" le azotó el rostro. ¡Intelectual! ¡Fó! ¿Por qué no habría nacido para cargador del muelle, "cacahuero" legendario de espaldas bruñidas y gloria de manos callosas? El, infeliz, sólo tenía callos invisibles; las ideas fijas, los prejuicios, que son los callos del cerebro.

Pidió la palabra el estudiante Quijano. Bajo la luz se recortó su figura tajante. Pedraza resultaba un arroyuelo murmurador al lado de esta fuerza volcánica, que arrojó durante una hora y media contra la miserable pequeña burguesía todo el fuego, el humo y la lava de sus oscuras potencias.

Cuando habló Merchán la asamblea general escuchó

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

respetuosamente. Merchán era el teórico del partido. Sus lecturas tenían prestigio de inconmensurables. Expuso, en un análisis de laboratorio, el valor y peso atómico de las clases sociales, anotó los sensibles cambios en las correlaciones de fuerzas, extrajo los fundamentos de la estrategia y la táctica. Lució, en su apoyo, un formidable conocimiento de los Congresos de la IC. y las sesiones plenarias. Blandía su memoria como un pesado martillo y clavaba sus ideas en los cerebros más duros. Sabía plantear las cosas directamente, sin oratoria, pero tan bien que todo parecía luminoso y sencillo.

—Tenemos que organizar a la clase obrera en sindicatos revolucionarios. Lenin dijo que el sindicato es la escuela del comunismo. Reclutando a los mejores dirigentes obreros, fortaleceremos al partido. Creada la vanguardia, lo demás vendrá por razones dialécticas.

Lo demás era muy fácil de comprender, según su documentada explicación. La clase obrera arrastraría a su aliado natural, el campesinado, y a los sectores consecuentes de la pequeña burguesía. Este ejército, conducido por el partido comunista, brigada de choque de la clase obrera, ganaría la victoria final. Consigna para el proletariado urbano: toma del poder. Consigna para los campesinos: la tierra para quien la trabaja. Consigna para las masas indígenas: autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. El Estado Mayor, por cierto, tendría que escoger, cuando las condiciones objetivas y subjetivas madurasen, el instante de la insurrección, el dramático y grandioso instante de crear en el Ecuador los Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados. Una emoción eléctrica recorrió a los treinta y seis hombres reunidos en el local de la Sociedad Hijos del Yunque, la asamblea general del partido en la provincia.

Los demás apagaron su sed oratoria en caudalosas peroraciones. Eran discursos que giraban alrededor de los dos discursos ejes, pronunciados por Merchán y Pedraza;

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

terminaban y comenzaban de nuevo, formando olas concéntricas, hasta morir de consunción. Todos los problemas nacionales fueron escarmenados en esa memorable jornada de marzo, con tanta precisión en el análisis de sus elementos simples, que los conceptos quedaron fijos para siempre. A saber: la sierra, feudal. La costa, burguesa. Las clases, encasilladas en sus partidos: "Por un lado la feudal-burguesía ecuatoriana y por otro su negación, el proletariado". El partido conservador, expresión política de los terratenientes. El liberal, representante de la incipiente burguesía capitalista. El socialista, partido de las clases medias. El comunista, vanguardia de la clase obrera. El país, con sus regiones y provincias, fué abierto y examinado como en una mesa de operaciones. Ahí estaban los imperialismos, ejerciendo sus opuestas influencias en las zonas geográficas, en los gobiernos, en los partidos, en el ejército, en las Universidades, en el Congreso, en los más ocultos intersticios. Ahí estaban las desviaciones de derecha, enseñando sus moradas putrefacciones en el gran cuerpo desnudo. Pululaban en ellas, como gusanos, los renegados y oportunistas, los mencheviques criollos.

Entretanto, la madrugada se iba acercando a las ventanas. Se desmayaban en los labios de los oradores los benditos nombres eslavos. Llegó el esperado instante de proletarizar a los cuadros directivos. La asamblea se reanimó. Los bandos votantes actuaron con la vistosidad de un asalto de esgrima. Y nació así otro comité ejecutivo provincial:

Viteri. — Fué un niño descalzo, vendedor de lotería en las calles del puerto. Después se hizo policía, vaporino, paje, jardinero. Era el más proletario de todos los treinta y seis. Lo eligieron Secretario General.

Pedraza. — Artesano convencido. Dueño de un pequeño taller de zapatería. Influyente en los gremios. Lo designaron Secretario del Interior.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Izurieta. — Gemelo de Pedraza: Secretario de Asuntos Exteriores.

Quijano y Merchán. — Estudiantes. El primero, exaltado como un "rabioso" de la Revolución Francesa. El segundo, teórico, casi sabio. Los dos, aunque pequeños burgueses, indispensables. Sabían mucho. Los nombraron Secretario de Agitación y Secretario de Finanzas, respectivamente.

García. — Mecánico. Tenía que participar de la dirección un obrero industrial. García trabajaba en una fábrica de bebidas gaseosas. Lo aclamaron Secretario de Actas.

Salieron. Amanecía. Los lecheros despertaban a la ciudad con el ruido mañanero de sus tarros. Gentes apresuradas iban hacia el río, las iglesias, las plazas de abastos; o venían de las cantinas, los prostíbulos, los cuarteles de bomberos, las panaderías. Los nuevos miembros de la mesa directiva apuraron también el andar. El semblante de Quijano se hizo más filoso, por la luz del alba y sus pensamientos. Quijano llevaba una pena. Quería una dirección del partido verdaderamente proletaria, como leía a menudo en los folletos extranjeros de las tesis y resoluciones. A saber: en el secretariado, un jefe sindical de la industria siderúrgica, uno del carbón y otro de los transportes; los demás componentes del comité ejecutivo provincial podían sacarse de las usinas, las fundiciones de acero, las empresas de electricidad, las fábricas de comestibles y armamentos. El cuadro se completaba a medida que los largos pasos, de talones enfáticos, resonaban sobre el pavimento. El partido debía mantener su influencia en la clase obrera, a través de los líderes obreros de las industrias fundamentales. Quijano se vió unos segundos con la gorra del camarada Thaelmann. Sonreía su ancha faz germánica. Posó también con la pipa del camarada Browder en los labios. La mala suerte. En el Ecuador aún no existían semejantes industrias. El Ecuador era un país de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

artesanos e indígenas. Quijano se detuvo y prendió un cigarrillo. De haber tales industrias, ¿sería él, un pequeño burgués, estudiante de primer año de Leyes, el actual Secretario de Agitación y Propaganda? El compañero Quijano lanzó con el humo un suspiro de consuelo.

Los siete entraron a una fonda madrugadora. El olor de las viandas casi mareó al compañero Jaime Rivas. Comió éste ávidamente y, con el disimulo de un fino ratero, envolvió en las hojas de un diario un trozo de carne asada, un puñado de arroz seco y unos panes. Eran para Clara, su compañera.

* * *

¡Sol! ¡Han crucificado al sol!

El castigo no estaba en el canto insomne, hasta desesperar, del agua, cayendo de la cañería rota sobre la piedra de la letrina. No era el mosquito ubicuo, adherido a la piel transpirante, ni la fetidez a humanidad podrida, ni *King-Kong*, ni la falta de mujer, ni la inmovilidad que va aplastando el alma como una máquina prensadora. En el calabozo 51 el suplicio era la ausencia del sol. De improviso, como una compensación, al cerebro del preso entraban los soles rojos de la locura. Un segundo nada más. Después se tendía la noche negra. La imaginación malherida caminaba sin descanso en la noche desértica, con sed de sol.

* * *

Alegría de recreo en el patio de la cárcel. Sentíase íntegro, vencedor sobre los meses de encierro, merced a las horas amigas del "asoleo". En el patio vivía su desquite, almacenaba reservas de energía, oreaba, como los demás presos, sus enanas miserias. Cierto que el calabozo daba al patio y tenía una vista hermosa, con la cascada de luz tropical bañando el cerro verde de Santa Ana. Pero en el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

estrecho calabozo las pasiones y los cuerpos transpiraban muchas veces. Olían mal. El "asoleo" era para los veintidós compañeros una racha de libertad.

La hora en que los guardianes abrían para "el asoleo" era la única en que cantaban los cerrojos. Salían hasta los enfermos vacilantes, de rostros envejecidos. El patio daba el aspecto de una feria. Trueque de variadas mercancías, evocando el comercio tribal. Tendidos para desgranar los dados bajo las miradas codiciosas. Ruedos para escuchar la canción, afilada en los bordoneos de las guitarras, hasta que la punta se mete en el pecho. Riñas. A veces, polémica brillante de navajas abiertas, diálogo de los instintos. De lejos, el rumor que producía esa multitud parecía venir de un estadio, un teatro, una plaza en día de fiestas patrias. Era preciso acercarse para distinguir la carcajada oscura y la palabra de lodo, para sentir el hediondo aliento de la cárcel, emanación de criaturas estancadas.

De vez en cuando "el asoleo" tenía un aire de niño de escuela. Los temibles delincuentes corrían detrás de una minúscula pelota de goma, en improvisados partidos de fútbol. El inflexible reglamento del trópico los había uniformado: un calzoncillo blanco como única prenda, que se resbalaba obstinadamente de la cintura para abajo, dando a la mano la preocupación refleja de sostenerlo, y torsos prietos, rojizos, blancos, de color canela, torsos decorados con ingenuos tatuajes. Persiguiendo al punto en movimiento, se veían más grandes los pies ágiles. Reían sonoramente los hombres por la astucia de las jugadas. El choque de los pies desnudos producía un ¡chás! regocijante. El corpulento guardameta, que de un salto felino ganaba el suelo para atrapar el inquieto bulto, parecía un tigre jugando con un ovillo de hilo. La bolita imantada atraía poderosamente a los cuerpos elásticos. Por ellos corrían los músculos, también como pelotas fugaces, que se dibujaban en las espaldas, se movían en los brazos, bailaban en las pantorrillas. Los cuerpos se buscaban y recha-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

zaban, se embestían y burlaban, enredándose frente a la meta en nudos enormes que, debido a la ilusión de un instante, formaban un solo organismo, un monstruoso organismo de varias cabezas y plurales extremidades de cangrejo. De súbito, el patio entero prorrumpía en el grito unánime —goooooooooool— y los aplausos triunfales ceñían las cabezas zambas.

Se mezclaba él también a la algazara en las tardes de pleno sol y plena lluvia, cuando "el diablo estaba peleando con la diabla". En tales ocasiones "el asoleo" era más recreo que nunca. Los goterones iniciales avisaban la venida de la lluvia, golpeando el duro cemento. Los presos acudían de todas partes y se aglomeraban en el patio, vocingleros, levantando caras y brazos al cielo, en gestos rituales, henchiendo el pecho, queriendo todos acaparar los besos del agua. El estrépito de la lluvia los excitaba, e influenciados por la salvaje voz de la naturaleza, gritaban más, se revolcaban en el pavimento mojado, luchando como niños en los jardines. Hasta las pupilas de los enfermos sonreían desde los corredores. Vislumbraban tal vez una evasión audaz por las gruesas cuerdas de la lluvia.

—¡Ei, Rivas!

Sin reparar en su casi desnudez corrió hacia la puerta grande, cuyo enrejado permitía ver la calle. Pensó que sería un amigo, lo que era igual a cigarrillos, fruta, dinero, noticias... Magnífico fin de "asoleo". Forcejeó en el espacio estrecho, de olor a sudores mulatos. Cuando llegó a la primera fila la reconoció. Elba, la muchacha morena perdida en el tiempo. Se tomaron de las manos. El sintió la mirada y con ella el azoramiento del lugar y del "traje". La inesperada imagen le traía el ventarrón de unos días libres, que descendieron en el tiempo amortiguadamente, como van hasta el fondo las piedras lanzadas al río. Ella tenía una mirada de compasión en los hermosos ojos.

—Leyendo el periódico supe que te habían cogido preso.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La cabeza de él chocó violentamente contra los barrotes. Se volvió al instante, herido por el dolor. Alguien empujó de atrás y la ola humana, deliberadamente impetuosa, azotó su cuerpo. Algunos ojos lo midieron. Las miradas denunciaban el deseo de golpear, hasta que la sangre brotara, al *futre* advenedizo. El estudiante Jaime Rivas, con su calzoncillo de algodón, el pecho desnudo, descalzo como todos los presos, se sintió en ridículo. Comprendió. Era *el futre:* pertenecía a una clase social nebulosamente odiada en aquel sitio. Elba arrojó al grupo la pedrada de un insulto. Los campanazos que indicaban el término del "asoleo" apenas le dieron tiempo de estrechar su mano y recibir una carta doblada.

—Amigo, te salvó el gong — dijo para sí entre irónico y confundido, mientras el guardián hacía el habitual recuento de los presos antes de cerrar el calabozo.

Más tarde se volvió confidencial.

—Oye, Navarrete, ¿sabes quién vino? La negra. Elba.

—Está bueno.

El compañero Navarrete no dijo más. Volvió a su fría reserva, al gesto ceñudo, al estiramiento del pescuezo, que, sin la camisa habitual, mostraba la línea fronteriza entre los dos colores, rojizo oscuro hacia la abultada manzana, blanquísimo hacia el tronco.

Leyó la carta a hurtadillas, disimulándola entre las páginas del libro. Era una caligrafía arbitraria, adornada de complicados rasgos y arabescos. "Tulla, Elba". El sobre anexo llevaba la agradable compañía de un papel rojo, cameradamente planchado: un billete de cinco sucres. Desde entonces las "Lettres a Kugelmann" olieron a agua florida. Se quedó un rato mirando al techo. Qué mosca te habrá picado, Navarrete. El compañero Navarrete lo sabía, por cierto. Todos los días murmuraba del compañero Rivas. No barría éste el calabozo en los turnos, lavaba mal las portaviandas, no vigilaba con el debido celo los cigarrillos del fondo común, amenazados por la manía ab-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sorcionista del compañero Quijano, arrojába negligentemente al suelo las cáscaras de plátano y, sobre todo, pasaba las horas en morosa actitud, inclinado sobre extraños volúmenes de filosofía, librotes impresos con una pedante letra gótica. Pero Navarrete ocultaba a los demás la verdadera lastimadura. Era un alma simple, el tipo del hombre de acción que no saborea las aventuras sino que las cumple como una consigna, que abruma con su actividad, que lo mismo besa a una mujer como aplasta a un mosquito. Tenía, sin embargo, una idea especial de su dignidad. El compañero Rivas lo hirió seriamente, no cabía duda, la noche en que leyó a Merchán y Quijano, sin tomarlo en cuenta, los originales del famoso "Manifiesto a los trabajadores manuales e intelectuales, indios y montuvios, soldados y marineros del Ecuador". Se sentía estafado en su vieja admiración por el compañero Rivas, en el devoto respeto que el intelectual conquistó, palmo a palmo, con entrañables citas de Marx, en los cursos de capacitación. Había sido preciso tenerlo viviendo a una cuarta de distancia, despojado de convencionales disfraces, para conocerlo. "La formación de un gobierno obrero y campesino, la entrega de la tierra, la socialización de los medios de producción, la expropiación de las empresas imperialistas" . . . Sí, de labios para afuera . . Rivas estaba muy lejos de ser un revolucionario, tal como entendía y soñaba Navarrete en la experiencia de fuego de la cárcel. Rivas, eres un intelectual pequeño burgués. El compañero Navarrete recobró la calma sólo cuando su cerebro exprimió ese pensamiento.

* * *

Elba, muchacha, esta noche pasaría contigo. La evocó de principio a fin. Así:

Sabrosa cerveza en "Las Peñas", junto al telón de imágenes portuarias, que cruzan despacio ante los ojos. La po-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

blación Eloy Alfaro se esfumaba a la otra orilla del río Guayas, en una línea punteada de luces vespertinas, estrellas artificiales. Las terrosas olas del río murmuraban al chocar con las balsas. Navarrete era un anfitrión locuaz, de alegría primitiva, que obligaba a vaciar los "chimborazos", altos vasos de cerveza coronados de espuma. Ningún sitio mejor para que él relatara su viaje a los Estados Unidos. Por el rostro sanguíneo, la frente amplia y roja, sobre la que dominaba un montón de pelos como cresta de gallo, pasaban veloces los recuerdos. La carbonera del barco, sudor, trabajo de negro. Las estaciones en los puertos, ginebra, caza de mujeres. El Empire State Building, ¡ah, qué formidable! Los barrios bajos neoyorquinos, ¡ah, qué basureros humanos! Y Haarlem, y el barrio chino y Madison Square Garden. ¡Exquisita cerveza helada que el incendio del seviche en la boca hace apurar sin tasa! Sobre la sábana gris del río se deslizaban los vaporcitos, perezosos y gordos como chinches. Habitante furtivo de transatlánticos, Navarrete los veía pasar despreciativamente.

Retornaron al centro de la ciudad, acompañados por una luna grande, tan grande que parecía una luna de aldea. Después de la cerveza había despertado en los dos otra sed callada y urgente. En un carrito dormilón buscaron los arrabales teñidos de luna. Navarrete tenía unas amigas que, por cierto, rara vez estaban visibles cuando se llamaba a sus puertas. Al cabo de tentativas infructuosas vagaron por las calles. La calle Santa Elena recibió a Jaime como una abuela. Artesanos, Gómez Rendón, Plaza Progreso... Ahí jugó fútbol con pelota de trapo, en ese barrio elevó su última cometa. Como en su tiempo, las viejas de la calle Santa Elena habían sacado sus silletas y, al filo de los portales, fumaban sus cigarros, gozaban de la luna y cuidaban a las muchachas. En la misma esquina de Artesanos y Santa Elena parpadeaba la candela, chirriaban las gotas jugosas de la carne en palito y el olor de los muchines con miel volvía locos a los chi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

quillos. Se le agolparon en el recuerdo los veranos de soles bravos, con gritos de rapaces y tropeles de mulas polvorientas, y los inviernos de largos asedios, con barcos de papel en las zanjas, candelillas en las cercas, croar de sapos en el lodo. Los inviernos de aguaceros calientes y penetrantes olores, en los que, desde la prisión de la ventana, veía languidecer al querido barrio, palúdico y bochornosamente descuidado, extraño con su sucia barba verde.

Dos mujeres avanzaban, tomadas del brazo, por el terraplén de la línea del carro. Navarrete las saludó al pasar, ceremoniosamente, con el mocora hasta abajo. Aunque no conocía, solía hacerlo así, a fin de probar suerte. "Para ver si cuaja", decía.

—Buenas noches, doctor — contestó insinuante una de ellas.

Navarrete era un galán audaz. Apenas oyó aquello se acercó. Fué caminando con las muchachas hasta la esquina. A los pocos minutos se vanagloriaba ante Jaime de sus presuntos éxitos. Lo habían tomado por un médico del Hospital General que curó a cierta tía, las acababa de invitar a comer dulces en el centro, habían aceptado, estaban consiguiendo el permiso de las viejas.

"El *doctor* las convenció en un dos por tres, ja, ja, ja". Navarrete se frotaba las manos. "Fijo, nos van a resultar". Hizo la distribución, con acento inapelable: "Para mí la más alta, la metida en carnes. Te arrimas a la otra, la del jazmín en el pelo". Separando las manos cóncavas y moviendo los brazos como si levantara un peso, ilustró sus aficiones. "Porque la grande es como para pobre y a mí, hermano, me gusta tener de qué agarrarme".

Las muchachas salieron de la covacha. Revestido de seriedad, Navarrete hizo la presentación:

—Mi amigo Rivas, universitario, un futuro abogado.

Se dividieron en parejas. El carro de mulas dió una vuelta larga en torno al abandonado hipódromo y tomó

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la calle Industria. Por las ventanas completamente abiertas se escapaban de las pianolas los lánguidos pasillos. En algunas casas, voces femeninas acompañaban al instrumento. "Cuando de nuestro amor la llama apasionada"... Como si el vecindario se hubiese puesto de acuerdo, de cuadra en cuadra la gente del carro escuchaba los fragmentos de "Alma en los labios", la misma canción nostálgica. Antes de la Plaza San Francisco se bajaron. Entraron a "La Iberia", una dulcería reluciente de espejos. Ellas tomaron dos conchas de helados, comieron muchas golosinas, rieron como colegialas, se miraron de reojo en los grandes espejos. Elba: trigueña, delicada en el busto, maciza en las piernas, rotunda de las caderas para abajo. Julia: hoyuelos graciosos en la pálida cara, silueta plena, de río en creciente. En ellos la observación del cazador en acecho. En ellas una confusa importancia, el secreto y prematuro sabor de contar a las amistades del barrio la inocente aventura. ¡Un médico, un joven universitario! ¡Un par de buenas hembras! Navarrete las acaparó. Esa noche estaba en vena. Reían con sus disparatadas ocurrencias. También Navarrete estaba más colorado que nunca. Las puntiagudas orejas, los ojos de sapo sádico, la enérgica nariz, el gesto ancho y sensual de la boca, todo hacía pensar en el fauno del parque Juan Montalvo. Elba miró el reloj del salón.

—¡Ay, las diez y media, qué tarde! — dijo. Iba a terminar el permiso de las viejas: dos horitas no más, por ser el doctor. Navarrete se adelantó:

—¿Qué les parece si regresamos en auto, para llegar más ligero? —Sin dejarlas responder, añadió—: Así podríamos dar unas vueltas en el Malecón. La noche está linda.

Las dos se consultaron un instante con los ojos. En ambas sonreía el mismo pensamiento. ¡Andar en automóvil, llegar al barrio en automóvil, con el doctor! Navarrete salió apresuradamente y volvió en un auto de plaza.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Hizo que el chófer bajara la capota, de modo que fuese más perfecto el baño de luna.

Apretados junto al chófer iban Navarrete y su amiga; en los asientos de atrás, Jaime, un poco azorado, y Elba. Blando correr del automóvil, desde El Conchero hasta La Planchada y viceversa, deslizándose suavemente sobre las líneas del carro eléctrico. Estaban como hipnotizados, a las orillas del paisaje de postal: la calmada ría, en éxtasis bajo la luna; el lejano signo de una balandra; la canoa que atravesaba la faja de escamas argentadas, tatuaje que la luna grabó en el río; el silencio de los barcos anclados. Rivas se acordó de su alma de poeta, alma dispuesta a resucitar en caso necesario. Vinieron a su mente unos versos de claro de luna. Los dijo, como era de rigor, bajito, al oído de ella, "para hacerla flotar en las nubes pálidas". Después el automóvil corría por el Bulevar 9 de Octubre. El poeta bajó a la tierra. ¿No era de un terrible efecto sentimental la "Musa del arroyo"? Se la recitó. "Cruzábamos tristemente — las calles llenas de luna — y el hambre danzaba una — zarabanda en nuestra mente". Cuando el automóvil llegó a la Plaza del Centenario describió unas curvas elegantes, de buitre en el aire, alrededor de las estatuas en escorzo. Navarrete gritó:

—Vamos hasta el Salado y de ahí, zás, regresamos a la casa.

Se tomaron de las manos. "No llores, rosa carnal — que yo te daré el tesoro — de la tiara papal — para tus cabellos de oro". Al atravesar el puente, Navarrete cantaba con voz desaliñada: "Asómate a la ventana — para que mi alma no pene". También en las aguas del Estero Salado la luna tenía un fantástico criadero de peces de plata. "Y un espíritu burlón que entre las sombras oía — al escuchar mi canción — se reía, se reía". El automóvil tomó la carretera y repentinamente aumentó su velocidad. Las muchachas rieron, nerviosas, se inquietaron, imploraron.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Regresemos, pues, regresemos.

La voz de Navarrete dominó el rugido del motor.

—Ya mismo, esperen, ya viramos — gritó.

Jaime recordó sus maldades de chico, en el pueblo de Naranjal, cuando desataba sin hacer ruido las canoas ajenas, que se iban solas en la corriente a perderse en un país ignorado, o entraba con otros rapaces a huertas prohibidas y, trepando a los árboles, saqueaba los nidos de los pájaros. El automóvil paró en seco, con la trompa hacia la pared del cerro, refugiándose en la sombra. El chófer desapareció. La amiga de Navarrete se puso a gemir y a debatirse en el asiento. Navarrete la golpeó. En la noche lunada repercutieron unos golpes sordos de puño contra el pecho.

—Carajo, aquí se van a dejar o se mueren.

Elba lloraba silenciosamente. Estaban asustados los pequeños senos, tibios polluelos, cuando la mano del rapaz los alcanzó bajo la ropa.

Dos mujeres lloraron su desamparo en la noche romántica.

* * *

Aprendió de veras a conocer el valor del instinto de conservación, en un ejercicio de semanas y semanas. Sus ojos nictálopes escudriñaban la oscuridad del calabozo, diferenciaban los objetos en la niebla lechosa, percibían los rostros y las siluetas humanas, extrañamente desdibujados por la sombra. Sus manos adquirieron un don de orientación para aprehender en las nuevas relaciones del espacio. Sus oídos se afinaron para recoger los rumores minúsculos, desde la lejana resonancia del patio y las callejuelas de celdas ordinarias hasta el carraspeo de las cucarachas sobre las baldosas. Su olfato era certero como el del animal selvático, que aprendió, en la milenaria enseñanza de la especie, a clasificar todos los olores. Había en sus sentidos una de-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fensa mimética inextinguible. "Andando los siglos —pensaba— me convertiré en una velluda araña de humedad. En la esquina superior de estos muros tejeré algún día mi palacio de hilachas".

En la inmensa noche del calabozo no precisaba de la linterna de Diógenes para encontrar a un hombre. Penetró claramente en las siete criaturas que lo habitaban, en él incluso, mejor que si las hubiese estudiado a la vulgar vida de la luz. Sabía de sus almas evanescentes y sus cuerpos míseros, de sus fundamentales repulsiones y afectos, porque, emboscado en la impunidad de la sombra, palpaba la revelación de los truncados diálogos, el alarido irreparable, la canción obsesionante, las confesiones del sueño en voz alta, el vivo documento del delirio, las reacciones en la cólera, la risa, el hambre, el sexo. Obstinado investigador de los vivientes fantasmas, tejía en su cerebro, con los más complejos elementos, una telaraña ilusoria de inducciones y deducciones. Se preparaba, como él quería, a la metamorfosis del hombre que deviene araña.

Felipe era un muchacho flaco como un chino. Procedía del agro costeño sin ser un montuvio. Hijo de serranos, de pequeño bajó con la familia en una temporada de cosecha de arroz. El salario los sugestionó y desde entonces quedaron prendidos a la hacienda, como las moscas al papel meloso. En la hacienda creció, desmontando, sembrando, cosechando, hasta el día en que el diablo lo tentó y, oyendo malos consejos, se mezcló en el asalto a la pulpería del chino Francisco Wong, la mejor del pueblo. Estuvo con los demás, claro, pero él no lo mató. Sólo descuajó casi, de un machetazo, la cabeza del perro, y eso porque el animal se le abalanzó al pantalón. Tenía recelo de ir a Quito, dizque hacía mucho frío. No se iba a enseñar. Ocho años, figúrese. Aunque en el Panóptico se pasa bien, dicen. Quiero aprender la carpintería, me gusta. Felipe cantaba los pasillos costeños de una manera singular. A las notas lánguidas, de quejas alargadas, les

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ponía una tristeza de yaraví incaico: al ritmo corto, hermano del bambuco colombiano, que traduce bien el ligero bordoneo de la guitarra, le arrancaba la menuda pena del sanjuanito serrano. Felipe era flaco como el chino que mató. Su carne se le desvanecía entre las manos, pues, tanto como de la guitarra, gustaba a todas horas de la caricia escondida, del vicio que le hacía vibrar entero, igual que la cuerda más delgada, cuando, después de herirla, la apretaba con el dedo, largo, largo, largo, hasta que el sonido iba muriéndose en una angustia de seda.

El moreno Zacarías vivía arropado con el humo de sus cigarros. Era taciturno. Apenas hablaba. Si en su rincón velaba el punto rojo del cigarro, estaba despierto. Si todo era una mancha impenetrable, comunión de preso y muro, quería decir que el sueño le había trasladado a su cielo de Esmeraldas, lleno de hermosas nubes, humo de los cigarros de los negros. El moreno Zacarías era viejo. Más que en su voz, ese detalle se denunciaba en su calma añosa, en su modo resignado de decir "así será". Se sentía en la tranquila oscuridad como en un refugio; podrían dejarlo allí toda la vida, mascando con su tabaco esmeraldeño el sabor amargo del recuerdo.

—¿Y a usted, por qué lo metieron al 51?

—Bueno, porque un paco se enamoró de mi barbera y no me la dejé robar.

—Si, no

—¿Y por qué lo trajeron de Esmeraldas?

El moreno Zacarías contestaba de una sola manera a esa pregunta: envolviéndose en el humo silencioso de su cigarro.

El ñaruzo Salvador —en el 51 seguían nombrándole con el apodo de sus viruelas, aunque ahí los rastros de la cara eran invisibles— llenaba la oscuridad con su alegría eufórica. Gritaba, embriagado de su voz, en el calabozo de ecos metálicos. Como si hubiese ensordecido, hablaba siempre a gritos, en los mismos oídos del vecino. La habi-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

lidad que desplegaba para tratar a "pasadores" y guardianes le rodeaba de cierta importancia. Cuando "amanecía de buen lado", sobre las baldosas cubiertas por una pasta de tierra húmeda, los demás lo asediaban a pedidos.

—Quisiera bañarme hoy, *Ñaruzo*. Estoy hediondo.

—Yo te consigo.

—Se nos acabaron los cigarrillos, *Ñaruzo*.

—Ahora compramos.

—*Ñarucito*, ¿cómo hago para mandar esta carta al doctor?

—Dámela a mí.

Se pasaba las horas de vigilia oteando en la puerta, a caza de una novedad, una conversación fugaz de los guardianes, para darse el gusto de contar la primicia. Era el periodista del calabozo 51. Brincaba como caballo amaestrado sobre los cuerpos tendidos, gastaba bromas ingeniosas, y se daba maña para hacer reír a esa gente amargada.

No obstante su carácter infantil, Salvador estaba sentenciado, injustamente, claro, por ser el autor de un crimen gacetillesco. Fué en la Quinta Pareja, no se sabía si para robar o por venganza; quizás influyeron ambos móviles. Apuñalearon al dueño de casa, un viejo de sesenta años, a su anciana mujer, a su hija, a un nietecito que todavía gateaba. Saquearon, de paso, el cajón del mostrador.

—Vea, yo no fuí; estoy fregado por otro. Como no he tenido plata para defenderme, me han salido dieciséis años.

Se reponía en seguida con su risa inevitable.

—La primera vez que voy a Quito, jefe, ojalá me resulte alguna longa.

El serrano José era el único afortunado que, evidentemente, iba a salir antes que nadie del calabozo 51. Estaba muriéndose. Lo consumía su tuberculosis de último grado, "un paludismo" que cogió en las zanjas del Saneamiento, durante fatigosos meses de sacar interminables pa-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ladas de lodo. El pobre serrano sólo se incorporaba para ir a la letrina y en los momentos en que repartían la comida. Lo demás era un hilillo de voz que se quebraba a cada instante, un pecho de múltiples sonidos rotos, un letargo sudoroso sobre el petate. Pobre José, lo tenían preso injustamente, porque lo acusaban de haber desvalijado a un paisano. Por ochenta sucres, no ha de creer. "Y lo más pior es que ahora, valiéndose de ese pretexto, me están achacando otras cosas". En fin, ya lo dejarían libre y entraría al hospital a curarse, en cama de hierro.

—El doctor, oyé, me dijo que la altura era buena. Con la Miche y los guaguas nos hemos de ir a Alausí para la convalecencia.

—Elé, pés, cerquita estás —le decía socarronamente *el ñaruzo* Salvador, imitando el acento serrano—. En nuestro barrio, ca, todo lo tenemos a la mano. De aquí de la cárcel, derecho irás al Hospital General, del Hospital a un paso no más está el cementerio. Fijaraste bien, no te irás a equivocar cuando salgas.

Jaibita —pocos sabían su borroso nombre de pila y el origen de su apodo— era un chiquillo de dieciocho años, "carterista" de prestigio en los círculos del hampa porteña. Se formó en la cárcel. Desde la primera ratería, que le valió seis meses de estar "bajo sombra", habían transcurrido cuatro años, en los que probó otras tantas detenciones, oportunidades más que suficientes para volverse un maestro a su edad. Acababa de herir en una riña a un compañero de celda, acción que le valió el ingreso al 51 y a otro género de delincuencia. *Jaibita* era procaz y maldiciente como una vieja prostituta. En la cárcel practicaba un vicio inmundo, que aprendió allí mismo, a fuerza de golpes. Portábase insolente con todos, debido a una razón explicable. *Jaibita* era el protegido de *King-Kong*.

Bastaría decir que en la cárcel imperaba la ley desnuda de las cavernas para expresar el poder de *King-Kong*. Era una frase que el estudiante Jaime Rivas elucubró en su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

trabajo de frases en serie, trabajo a la cadena, para adornar sus imaginarios discursos del calabozo 51. *King-Kong* era de esos personajes que merecen el honor de ser descubiertos en cualquier lugar en que se encuentren. Al día siguiente de su entrada a la cárcel, Jaime Rivas sabía su historia. Le apodaban *King-Kong* debido a la semejanza con el mono gigante de la película: un negro corpulento, de pecho velludo, piel gruesa, moteada a trechos por una lama plomiza, brazos largos como remos y, efectivamente, mirada bestial, fisonomía de remoto orangután. Viéndolo bambolearse, se le subieron a la cabeza las lecturas de Darwin. "He aquí el eslabón perdido". Una llaga purulenta en la pierna derecha le obligaba a cojear, de modo que al andar oscilaba torpemente, en un movimiento que hacía más largos sus brazos y más plástico su parecido al venerable "progenitor del hombre". Venía de las montañas manabitas. Se incorporó a la cárcel orlado por su fama de cuatrero sanguinario. Para capturarlo lo acribillaron los fusiles de la Rural. Lo salvó de morir su extremada vitalidad. En la cárcel se impuso desde su primer hecho de sangre, una espectacular cuchillada que asestó a un recluso durante el "asoleo", en plenas narices de los guardias. Era reservado, inhóspito, melancólico, no tenía la peculiar estridencia del negro. En el "asoleo" se lo veía solo. Evitaban su compañía, porque le temían quizás, o por la fetidez de su llaga, que él descuidaba con indolencia y la cubría apenas con un retazo de calzoncillo, sucia venda por la que rezumaban líquidos amarillentos. Era un jefe indiscutible que, a diferencia de los otros, no capitaneaba banda alguna. Le obedecían y satisfacían sus caprichos por un motivo bien sencillo. Era el más fuerte. Sus abusos hiciéronle sufrir la sanción de habitar temporalmente en el calabozo 51, hasta que un día, en vista de las reincidencias, el señor director ordenó que lo recluyeran permanentemente en aquel encierro. Sabia medida, de la que el señor director se vanagloriaba después. Los presos llega-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ron a temer al 51, no tanto por la brutalidad de ese castigo, sino por la convivencia con *King-Kong*. Así el castigo se hizo más castigo y *King-Kong* se convirtió en dueño y señor del calabozo 51.

* * *

Lo presentía en la oscuridad, peligrosa como una mano crispada cerca de su garganta. Con el valor pendiente de un hilo, seguía todos sus movimientos y estudiaba sus reacciones. Temía su silencio augurador de tempestades, su alegría precursora de brutales actos, su despótica y repugnante vecindad. Soportaba calladamente la insolencia de *Jaibita*, el favorito, igual que se sufre a la amante del tirano. Soñaba: lo tenía en sus pesadillas.

Desde que fué encerrado en el calabozo 51, como medida de represalia por el "Manifiesto a los trabajadores manuales e intelectuales", que circuló en la calle, Jaime Rivas aprendió de veras a conocer el instinto de conservación. Y también conoció un instinto avasallante: ¡el miedo!

* * *

Guayaquil olía a invierno, primeros aguaceros de vahos tropicales. Los compañeros esperaban en la plaza, a prudente distancia del cinema, disimulados en la penumbra. Iban a cumplir una resolución del partido: mitin relámpago a la salida de la función nocturna del cine "Patria". Se había escogido el teatro y el espectáculo más populares. "Hay que buscar a la masa donde está", dijo el compañero Quijano en la sesión, retorciéndose solemnemente unos audaces pelos de la nariz. Los conjurados aguardaban la hora, embargados de cierta emoción prócera. Entretanto, el público del "Patria" pateaba cada vez que los pistoleros asomaban en la pantalla cabeza abajo y el automóvil, monstruo de cuatro zarpas, corría velozmente

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

con las ruedas al aire. El calor llenaba de vapores fuertes la atestada sala. De súbito, en la galería, centenares de labios repetían, en un gran estallido, el beso largo de la pantalla, o alguna voz dejaba caer un comentario obsceno, que la platea recibía estremecida de risa. Se acercaba la medianoche. Después del intermedio comenzó el acto de variedades. El público llegó al paroxismo. Cuando la última bataclana hizo temblar sus carnes bajo la ducha del reflector, las gentes empezaron a salir.

Frente a las puertas del cine, un compañero invitaba en voz alta. Desde el fondo de la plaza llegaban unos gritos. "Compañeros: el Partido Comunista Ecuatoriano, Sección de la Tercera Internacional" . . Acudieron, intrigadas, varias personas. Subido a una banca de la plaza, el compañero Viteri hablaba de la carestía de la vida, la miseria de los arrabales con la frente en el lodo, del gamonalismo vendido a las empresas extranjeras, de la Unión Soviética. El orador señalaba con su índice profético el estribillo de su discurso, "la única salida, vale decir, la revolución social y el Gobierno obrero y campesino".

—Habla bien este gallo — dijo un desconocido.

Le sucedieron en el uso de la palabra varios camaradas.

El compañero Quijano maldijo a "la feudal-burguesía ecuatoriana" y desenmascaró al Gobierno de Quito, "representante de aquélla y sirviente del imperialismo". El camarada Rodríguez explicó al auditorio el intrincado juego de los bandos imperialistas en la vida del país. El universitario Camacho se refirió al movimiento estudiantil y a las relaciones de éste con la liberación del proletariado.

Todavía faltaban en "el mitin relámpago" las intervenciones de cuatro oradores. El artesano Miranda había preparado el tema de la desocupación obrera, el sastre Izurieta debía protestar por los atropellos a la libertad de imprenta, el mecánico García estaba encargado de plantear

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

las tareas de la lucha mundial contra la guerra, el estudiante Merchán iba a desarrollar el tema "Democracia burguesa y dictadura del proletariado".

Pero la orden del día no pudo ser cumplida hasta el final, debido a que, intempestivamente, una voz pronunció dos palabras: ¡la Caballería! Un familiar estrépito de sables y cascos resonó en la plaza. El mitin se desvaneció al instante. Por los portales, hurtando el magro bulto, Rivas llegó hasta su casa.

* * *

Los diarios de la ciudad amanecieron con grandes encabezamientos en tintas de colores. "POLICÍA DESCUBRE COMPLOT COMUNISTA". Los compañeros se precipitaron sobre las hojas olorosas a imprenta. En torno de Izurieta se agruparon las cabezas de los presos. Elementos comunistas, aquejados de doctrinas exóticas, venían conspirando en los últimos meses. Preparaban la caída del Supremo Gobierno. Subversión del orden público. Saqueo de bancos y grandes almacenes. Asaltos a domicilios de familias connotadas. Incendios de iglesias y fábricas. Se quería entronizar al soviet. ¡La ciudad estuvo a punto de caer bajo el terror comunista! Los detalles aparecían después de los titulares, agrupados periodísticamente en hermosos subtítulos. Los compañeros leían y releían entre exclamaciones y nerviosas risotadas. Merchán sonrió y un rayo de sol mañanero, filtrado en el calabozo, puso un tic en sus labios. Los comunistas guardaban en locales clandestinos armas, proclamas, insignias, folletos subversivos, uniformes, banderas rojas. Agentes internacionales, que pasaron de incógnito por Guayaquil, habían organizado el complot. La Policía venía siguiendo de cerca a los conspiradores y, una vez en posesión de todos los hilos, les había echado el guante. El mitin ilegal de la plaza Patria, donde se llamó abiertamente a la rebelión, fué la señal de una

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

vasta campaña que, financiada por el oro de Moscú, iba a desplegarse en todo el país. Los dirigentes comunistas se hallaban presos. "En el momento de entrar en prensa esta edición, la Policía realiza nuevos allanamientos y capturas. Reina completa paz en la República". Sonó un toque de corneta y en seguida se oyó una voz de mando. El centinela presentó armas. Acompañado de varios oficiales, el señor intendente avanzó hasta el centro del patio. Los presos se apiñaron detrás de las rejas. Su presencia causó más de un sobresalto. El señor intendente tenía fama de matón y analfabeto. Era coronel. Era también una autoridad de pantalones, que sabía atemorizar. Pero esa mañana, contra todos los cálculos, parecía de buen humor. Un alborozo íntimo le embargaba. Quedaría bien ante el Gobierno de Quito y le rodearían los grandes del puerto. Tendrían que convencerse. Sólo un hombre como él era el llamado a conjurar el peligro comunista. Sus planes salían perfectos. Sonrió a sus oficiales como sonríen los *recordmen* ante las cámaras fotográficas. Señaló con el foete la celda de los presos, impartió unas órdenes y se marchó.

El compañero Quijano dió unos pasos largos en el calabozo. Meditaba. Bajo la gorra de Thaelmann se destacaba más su nariz de cuchillo. Se detuvo y, llamando aparte a Navarrete, le dijo sentenciosamente:

—Este es el principio del fin.

El compañero Navarrete asintió y puso una cara de idiota.

* * *

La cárcel era un caserón rectangular, de fachada corriente y altas murallas circundantes. Detrás se erguía el cerro Santa Ana. La perspectiva hacía aparecer al edificio sosteniéndose en las rojizas paredes de cascajo. Seguramente fué construído en ese sitio para que el cerro le robara luz y aire y le proporcionara humedad y alimañas. En el interior había un patio central. Las galerías de celdas lo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rodeaban, quedando unas hacia sus bordes y las demás, el mayor número, adentro, alumbradas escasamente con luz artificial. Eran callejuelas superpobladas, oscuras y sucias, de simétrica arquitectura, cuyos habitantes vivían en casas destapadas, como se ven en el escenario de los teatros o en las ciudades después de los terremotos. La turbulenta barriada era una marea de voces, olores, peleas, canciones, gritos, cerrojos, guitarras. Había ahí alguna semejanza al jirón leproso de las ciudades, el barrio de los prostíbulos, garitos y humilladeros. Recibiendo, al entrar, la bocanada de las galerías, creeríase que el calor invernal del puerto estaba allí depositado; un calor húmedo, un vaho ardiente y soporífero. La naturaleza humana debía adaptarse a ese medio caliginoso, sobre el cual el cerro de piedra caldeada despedía su poderoso aliento. El hombre vivía en aquel mundo casi primitivamente, los instintos despiertos, cubierta su desnudez por un taparrabo.

Claro que la naturaleza era sabia. De improviso, en ese calor, el hombre se ponía a temblar de frío. Una ráfaga helada cruzaba por su sangre caliente, tan intensa que le hacía correr al petate y cubrirse de colchas y cotonas. Así pasaba las primeras horas de la noche, transido, rechinando los dientes. Era "el daño", según el montuvio de piel aceitunada, "el daño" que trajo del campo. El serrano de piel enronchada atribuía el fenómeno al agua de la costa, su tabú, causante de los más raros estragos. Por eso tomaba en ayunas, con fe supersticiosa, unos brebajes que, al ingerirlos, le hacían estremecer de pies a cabeza. El médico joven, de lentes altivos, que un día visitó la cárcel, culpó a los mosquitos, libres y felices criaturas, murmurando una extraña palabra, algo así como promiscuidad. Pero nadie más que "la sabia naturaleza" poseía el secreto, elemental y simple como todos los suyos. Para que el hombre resistiera en aquel medio caliginoso y ardiente, la naturaleza le permitía darse, de cuando en cuando, unos hartazgos de frío. Tal era el secreto. Así

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

podía escapar a la acción de la gruesa humedad, densa como caldo en reposo, pegada a los barrotes de hierro, al camastro de tabla, a los muros de piedra, a la piel de la noche. El hombre sentía en su cuerpo los anillos de una serpiente fría. Con los ojos cerrados se dejaba aprisionar por la blanda espiral. Había un momento en que la posesión era brutal, de fuerza y lucha. Pura apariencia, sin embargo. En realidad, el sacudimiento espasmódico del cuerpo era sólo la ligera camisa, agitada por el viento, puesto que el caballo, ebrio de libertad, se había desbocado en el potrero. O también el ejercicio de la balandra, que saltaba juguetona en los mares de Chanduy. O el mechón de pelo alborotado sobre las nevadas alturas del Cotopaxi, mientras el osado sombrero trazaba su adiós en un arrebato de viaje hacia el abismo.

Hasta que sobrevenía la venganza. Percatándose de que se había cometido el delito de frío, la cárcel soplaba sus vientos iracundos por las bocas rojas de sus hornos. ¡La fiebre! El hombre se doblaba como un tallo roto. Un instante temía morir el desgraciado como los alacranes sitiados por un círculo de candela. Cuando ya iba a rasgarse las venas con los dientes, aparecía el hada naturaleza y le entregaba una barrena de estrellas. Pronto el hombre perforaba el suelo y se arrastraba en el hueco largo. El cerro guardián bramaba como un toro bravo, hacía desplomar sus paredes, intencionalmente, para que fuera descubierto, trataba de achicharrarlo en su entraña de fuego. Mas, el fugitivo pasaba, arrastrándose, debajo de los centinelas. Los veía él sin ser visto. Metido en el tubo gordo del agua potable, se deslizaba en plena ciudad. Retumbaban en sus oídos los culatazos que los centinelas daban sobre el hierro. Ganaba los arrabales y seguía arrastrándose kilómetros de kilómetros dentro de la tierra seca. Atravesaba sin ser visto por debajo de las poblaciones conocidas, haciendo rodeos para esquivar las Tenencias Políticas. Yaguachi, Naranjito, Milagro . . . Rieron las doradas piñas al reconocerlo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y la risa jugosa mojó los campos. Pero él no podía detenerse. Los guardianes llevaban sobre las espaldas una carga de llaves y abrían todas las puertas del camino, buscándolo. Sed. Por Dios, un vaso de agua. Se agazapaba más cuando el tren pasaba por encima y lo ensordecía el estrépito. Su mano tocaba el extremo del tubo, por el que salía un chorro fresco. Maldición, él se había convertido en agua. No, había caído al pie del barranco, en la misma orilla de su río montuvio. Se arrojaba entonces al agua y se zambullía lentamente, separando el líquido con los brazos. Cuando reaparecía en medio de la poderosa corriente, volvía la cabeza para mirar a los demás muchachos, que se bañaban con él, y lanzaba el reto: ¡A ver, quién saca tierra de aquí! Y desaparecía nuevamente, feliz, en una zambullida infinita.

Claro que la naturaleza era sabia.

* * *

Los veintidós compañeros fueron destinados a la sección de los delincuentes, a quienes llamaban sumariados, estén sus causas sentenciadas o en trámite. Unos cumplían reclusiones menores, otros esperaban ser trasladados al Panóptico de Quito, donde tendrían que devengar condenas de muchos años. Los veintidós compañeros convivían con la exuberante flora del hampa. El señor director no vaciló en clasificarlos. De hecho, les correspondía esa sección, pues, siendo comunistas, eran delincuentes enciclopédicos: ladrones, homicidas, incendiarios; violadores, en fin, de las leyes divinas y humanas. Los encerraron en un magnífico calabozo de la planta baja: luz del patio, letrina con agua permanente, espacio extraordinario, cuatro metros de ancho por seis de fondo. En el piso alto vivían los contraventores, calidad vulgar de presos, despreciada por los sumariados. Jamás se mezclaban. La disposición obedecía a "un imperativo de profilaxia so-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cial", frase del señor director, de la cual estaba orgulloso; tanto, que siempre la ponía en los oficios memorables. El "asoleo" de los contraventores tenía lugar en las azoteas y a distinta hora. Durante el "asoleo" de los sumariados cerraban las puertas de acceso y los precavidos guardianes vigilaban desde afuera, desenfundadas las pistolas.

En el calabozo, los veintidós hombres, casi todo el partido comunista del puerto, se movían torpemente, como bestias en estrecho corral. De todas maneras debían contentarse. Más congestionadas estaban otras celdas. Aquí la densidad de la población —decía el compañero Merchán— halagaría el patriotismo de nuestros estadistas. El sastre Bermeo expresaba lo mismo, sardónicamente. Hablaba, sin reparar en su halitosis insufrible, acercándose demasiado al rostro del interlocutor. Sobre el apretujamiento en el calabozo hizo una frase que tuvo éxito: "¿No decían ustedes, señores intelectuales, que los proletarios debemos marchar codo con codo?" El sastre Bermeo era un serrano alto, de huesos pronunciados, que algún día debieron estar revestidos por músculos atléticos.

Como a los demás presos, les atormentaba la ociosidad. El transcurso de las horas muertas era un refinado castigo de la cárcel. Había un momento en que cada uno odiaba a los cigarrillos, a la baraja, al estúpido ajedrez, a la canción pegajosa, al ingenio del compañero chistoso, a las pintorescas reacciones del compañero colérico, a los doctorales comentarios del compañero letrado, había un momento en que odiaban la vida. Y entonces se amargaban y creían verse en su verdad transparente. Pobres seres, atormentados por el ocio de sus infantiles rivalidades. El "gallo" es más inteligente que el "chino". No, ese tipo se vuelve peligroso, hay que anularlo. ¿Me quitarán el puesto de líder? ¿Qué tiene él, maldita sea, más que yo? Si Pedraza supiera hablar se los comería a todos. Yo soy el Lenin ecuatoriano. Voy a escribir un Manifiesto que me

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

consagre el primer marxista de América Latina. Simulador, algún día te arrancaré la careta.

Jaime Rivas solía hacer un inventario humano.

Quijano era agresivo como un cuchillo hampón. Egoísta, ambicioso, sorbía prematuramente el veneno de la envidia. Se destruía, de antemano, con su propia euforia, su bilis y sus lecturas apuradas. Su tremendo complejo de inferioridad expresábase en un insolente complejo de superioridad. Venegas, un mulato taimado, a quien cohibía el brillo de su frente desagradablemente sudorosa, carecía de personalidad. Por lo mismo, era tímido, inconsecuente, rencoroso, intrigante. Se dejaba influenciar. Estaba predestinado a ocupar el equívoco segundo puesto en cualquier orden de la vida. Morales, versátil como una colegiala, se posaba un instante en una bandera política y volaba a otra. En la semiología de su estremecida risa femenina podían leerse algunas condiciones de su temperamento. Su arma conocida era la oratoria, una retórica fácil, de cura parroquial. Pero su verdadera arma de combate, su arma secreta, era la avaricia sórdida, el amor al dinero, que le mantenía en potencia de cambiar a su partido por convincentes felicidades económicas. Núñez era el tipo del serrano que absorbió la costa: explosivo, audaz, matón. Al hablar saboreaba la vanidad de suprimir las eses, arrastrar las erres y pronunciar con la nariz, en un gangueo pintoresco. Inculto, se superaba con desplantes. Jugador ambicioso, buscaba la aventura política. Gozador, era capaz de todo, hasta del negocio claudicante. Rodríguez era un santo inocuo, un apostólico cretino, de reconocida y acrisolada estupidez. Parecía ingenuo. Era, sin embargo, un egoísta torturado, cuyo celo por gozar de la jefatura del minúsculo partido se acercaba al celo del macho por la hembra. Jiménez, oscuro y flaco como un hindú, era un fanático excéntrico. Podía entregar su mano a la hoguera por el partido, como podía abandonarlo inexplicablemente, desapareciendo ante los asombrados sectarios

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

en un acto de ilusionismo. En Jiménez el sexo era un tirano. Merchán era pálido y de rasgos asiáticos. Hacían daño su inteligencia fría, su cinismo frío, su orgullo de montaña. Mantenía sobre los demás una dictadura intelectual, premunido de sus lecturas madrugadoras y su vasta simulación. En el fondo, era inconstante y abúlico. Amaba su extremismo ideológico como un narcisista, reflejándose. En realidad era un *dilettante pur sang*. Saavedra, vivaz, brillante, resbaladizo, padecía de una ambición inaudita y una vanidad femenina. Era calculador como un mercader árabe. Trampolín o mástil, el partido le servía para saltar o flamear, a la vista del mundo. Era el espécimen del arrivista inteligente. Sobre el pobre Viteri, el Secretario General, la vida había vertido un veneno espeso, que acumuló, sin querer, en su bolsa de ofidio. Sin querer también, mordía, para inocular a los demás. Y este era su único aspecto interesante. El resto de los militantes formaba la "masa del partido", seres oscuros y raros. Vivían de los desperdicios intelectuales que les arrojaban los líderes, abrazados a una fe anónima, sintiéndose importantes con la importancia de sus deslumbradores camaradas.

A tí, Jaime Rivas —decíase— te he dejado al último, deliberadamente. ¿Qué semblanza mereces? Hundido en la silleta de lona, buscaba los conceptos, tratando de que su autovivisección fuese la más despiadada. Se perdía en un dédalo de contradicciones. A tí —concluía, llevándose la mano hacia el adolorido bulto— podría definirte con pocas palabras: eres un enfermo del hígado.

* * *

¡Ah, si hubiesen logrado la soledad! La vida en montón, en la que era prohibido meditar, estudiar, entregarse al propio y tranquilo diálogo, era otro suplicio de la cárcel. Los veintidós compañeros se repelían en el menguado espacio, porque no podían moverse sin rozarse, porque sus

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

intimidades estaban denunciadas, porque la libertad perdida y el calor y el espacio avaro y el tiempo eterno se habían confabulado para irritar su sensibilidad. Inevitablemente, debían oler mal los cuerpos y las almas. El respeto humano se hacía pedazos en la promiscuidad, se iba por la letrina común del calabozo, un hueco abierto en el suelo, sobre el que exhibían todos los compañeros su actitud más innoble.

Por la noche, el malestar aumentaba, los ánimos se volvían más intolerantes, acuciados por la necesidad del reposo yacente. Los cuerpos horizontales no cabían en su encierro. En la oscuridad, el calabozo parecía deformarse como un tarro viejo de conservas. En la noche las voluminosas humanidades de Pedraza e Izurieta acaparaban el suelo. Tendidos el uno junto al otro, como dos hermosos cerdos, gruñían isócronamente en el sueño y hozaban en el lodo de la noche. La pareja de compañeros era realmente odiada. Quijano prendía a veces un fósforo para mirarlos y apostrofarlos en voz alta: "¡Cerdos mutualistas!". La rápida llama ofrecía una visión extravagante. Los dos montículos de carne prieta y blanca dominaban sobre un desordenado paisaje de brazos, piernas, y cabezas, que recordaba fugazmente a las fotografías de los bombardeos aéreos. Después, a recogerse para no sentir al vecino, a contar las horas, repasar el porfiado recuerdo, oír los gritos quejumbrosos de los centinelas.

La lluvia escandalizaba en el patio del "asoleo", las manos ciegas castigaban en vano al mosquito implacable, el calor humedecía desagradablemente la piel. De pronto, el susurro interminable de los que distraían su mutuo insomnio era brutalmente cercenado por una voz pastosa:

—Dejen dormir, una gran puta.

* * *

El gato Chiriboga era un mocetón ancho y fuerte como un *catcher*. Sus ojos pardos, su cabeza rubia y su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

piel, bronceada en el "asoleo" de la cárcel como el cuerpo de los bañistas en las playas aristocráticas, hacían pensar en una clandestina procedencia de la nobleza riobambeña, la más rancia del país si no existiera la nobleza morlaca. *El Gato* era un preso respetado. No comandaba tropas de delincuentes, sin embargo. Podíasele calificar de un anarko dentro de la organización carcelaria. Se contentaba con su posición de amo en la propia celda y el respeto general. Poseía dos cualidades, a las que debía tantas consideraciones: sus trompadas de serrano pegaban como "patadas de mula" y sus conocimientos le daban la categoría de "leído". Desde el primer día se acercó al estudiante Rivas, para informarle tácitamente de su calidad superior. Por fin tenía *el Gato* con quién charlar de literatura y cosas así. Rivas le oía discurrir sobre su libro favorito, "El Judío Errante", lecturas injertadas extrañamente a Huysmans, Gide, Vargas Vila. Respondía, muy serio, a sus planteamientos, cuando, adoptando una solemnidad de busto romano, le decía: "Bueno, señor Rivas, el socialismo es: si yo tengo un par de camisas debo entregar a usted una. Si me saco a una hembra, la mitad es suya. No me convence".

El gato Chiriboga, más que un superficial cronista, era el exégeta de la cárcel. En su libreta de apuntes y recortes, adornada de calcomanías, había escrito este pensamiento: "De la putrefacción sale la vida, por eso la cárcel enseña". Otro: "El célebre filósofo Verlaine decía que el hospital era su palacio de invierno, yo digo que la cárcel es mi palacio de cristal, desde el que veo bien la vida". La charla torrencial del cicerone hízole conocer los secretos de la sociedad carcelaria, con sus novelescos detalles. *El Gato* carecía de un método ornamental y rebuscado para expresarse oralmente, de ahí que su relato, cernido en el cedazo mental del estudiante Jaime Rivas, pequeño burgués incurable, apareciera después en la forma siguiente:

"La sociedad carcelaria se dividía en castas, la de los

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

fuertes u opresores y la de los débiles u oprimidos. Un Gobierno, provisto de cortesanos, agentes y fuerza pública, mantenía la paz y el orden. Las contradicciones entre los grupos dirigentes producían a veces cambios en la superestructura. Los influyentes de la víspera caían en desgracia, los postergados se erigían en amos absolutos. Instituto superior de la intriga, la cárcel sería para los políticos el adecuado centro de perfeccionamiento y aun los estadistas encontrarían allí un curso de seminario sobre Ciencia de Hacienda. Las funciones económicas de la sociedad carcelaria obedecían a una severa división de trabajo. Cada ramo vital —alimentación, juegos de azar, baños, vestuarios, luz— requería un aparato administrativo. Así, por ejemplo, la sección celdas, bajo la responsabilidad de jerárquicos funcionarios, despachaba las peticiones de la población carcelaria, según normas sólidamente establecidas. Vivir en los primeros interiores, provistos del resplandor que llegaba del patio, era cuestión de dinero e influencias. Conseguir una celda hacia el mismo patio, la plaza mayor de la población, exigía esfuerzos superiores. Ocupar, en fin, la celda con letrina de agua ininterrumpida, o la celda esquinera, desde la cual el ojo captaba el ángulo de la puerta grande, la imagen del centinela y el destello fugaz del automóvil en movimiento, eran conquistas destinadas a los elegidos de la fortuna. Una escala parecida regía en los demás ramos de la producción: dinero para liberarse gradualmente de la comida nauseabunda, dinero para recibir visitas, dinero para los famélicos abogados, que volaban sobre la cárcel como los gallinazos en torno de la mortecina, dinero para ablandar al juez olímpico, dinero para bañarse, para gozar del sol y la lluvia, para respirar. En las celdas de castigo la organización era doblemente rígida y ejemplar. Cada prerrogativa se alcanzaba a precio de oro: el derecho de encender velas, la dicha de recibir una carta, el secreto de tomar un instante las manos de Ella,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llorando en la oscuridad, quedito, para que los demás no sorprendieran la afrenta de las lágrimas.

"Las recaudaciones de las entradas generales e impuestos extraordinarios, así como la dirección política de la sociedad carcelaria, se centralizaban en el gabinete del piso alto, alumbrado en la noche por una bujía de cien voltios. En dicho lugar trabajaba el comando, supeditado al señor director, y éste al señor intendente, amigos íntimos. Los funcionarios tenían que velar no sólo por la estricta recaudación, sino también por el incremento de las rentas. Con tal fin laboraban, anexos al gabinete, organismos especiales de consejeros y expertos en plazas supuestas, desnutrición, gastos imprevistos y fugas de opulentos sumariados, que se producían muy de tarde en tarde, ya que las palabras opulento y sumariado se rechazan por antitéticas. Podía cambiar periódicamente la composición del Gobierno, pero el contenido substancial de las funciones era inmutable. Por ese motivo la luz del Estado brillaba siempre en el piso alto, omnímoda, serena, perdurable, por encima de la sociedad carcelaria y de sus clases."

Sin duda, el estudiante Rivas se había "empapado" en la teoría del Estado del Profesor Posada, cuyas raíces se aferraban a la tierra de su cerebro, pese al abono contradictorio que le suministraron las ideas del Profesor Sánchez Viamonte, durante sus extravíos auto-didactas.

El Gato se los mostró, de uno en uno. Así fué conociendo a los dirigentes, cuyo escalafón correspondía paralelamente al de la burocracia oficial, formada por verdaderos funcionarios del Gobierno. *Caña Brava*, un recluso alto y amarillo, controlaba el pabellón número 1 y, como jefe del mismo, recibía un tributo en los hurtos de ropa. Su inmediato superior era *El Rana*, mozo de boca alargada y elástica, en la que estaba fija, como trazada con un carbón, la línea de una sonrisa de payaso. *Dedos Mágicos*, fino, de cosmético en la cabeza y bigotillo a lo Clark Gable, era el rey del arroz seco. El título se debía al gravamen

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sobre los alimentos, su monopolio. En la cúspide se hallaba *El Doctor*, jefe máximo, apodado de ese modo porque su maestría en el manejo del cuchillo era comparable, según sus admiradores, a la habilidad del mejor cirujano local. La influencia del *Doctor* provenía, además, de su abogado, un político de campanillas.

—El *Doctor* sí que es una biblia, oiga, lo sabe todo. Con decirle que fué el alma de la fuga del Conde. —*El gato* Chiriboga sentía delectación en repetir el episodio—. Usted sabe quién es el Conde Merizalde, ese rico de Baba, que tiene un juego de haciendas de cacao y viajó a Europa para comprar el título de noble. Lo tuvieron aquí porque hizo matar a otro gamonal como él. Hubiera visto. Estaba arriba, en las mismas piezas del Director, que las llenaron de miles de cosas, como en los hoteles: alfombras, radio, ventilador eléctrico, cama de bronce, baño para él solo. Cada vez que tenía ganas mandaba a traer a la Condesa. ¡Rica hembra, señor Rivas! Usted sabe, es aquella gringa del lagartero propio, que dizque en la hacienda arrojaba a sus víctimas a la poza de lagartos hambreados, después de gozarlas, ni más ni menos que esa mujer antigua, ¿cómo se llama? ya está, Cleopatra, la de la cabeza de San Juan en la bandeja. La vi subir muchas veces, señor Rivas. Dejaba la cárcel oliendo a perfume.

Terminaba frecuentemente sus relatos, desmenuzando los chismes de casa adentro, las rencillas entre jefes y subalternos, las intrigas, los hechos sangrientos. La ira hacía contraer sus mandíbulas. Convénzase, Chiriboga, es bueno el sistema, sólo los hombres son malos. *El Gato* quedábase cavilando sobre el alcance de semejante concepto, que atribuía a su ilustrado amigo. Ignoraba que era la frase esgrimida por el Doctor Vademécum, el respetable profesor de Derecho Político, cuando alguien se atrevía en las aulas a criticar la obra del liberalismo.

* * *

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

En la oscuridad palpó la hoja del cortaplumas. Un desorden de tumulto, que la sombra y el temor hacían más vasto, agitábase en el calabozo. *King-Kong* golpeaba salvajemente a un preso, lo arrastraba por el suelo, lo lanzaba contra la pared. Iba a matarlo. El hombre luchaba en vano, jadeante, profiriendo injurias. Los demás gritaban. *King-Kong* estaba desahogando una ira reprimida. Hacía tiempo que le prohibían salir al "asoleo", sin razón aparente, tal vez para enfurecerlo. Se había vuelto una amenaza maligna. ¿Cómo defenderse cuando le llegara el turno? Estuvo a punto de temblar. Apretó la minúscula arma. Hundiría velozmente la navaja en la barriga del negro, tres, cuatro, diez veces, hasta que el enemigo cayera. Pero el desesperado ataque no podría salvarle. *King-Kong* tendría tiempo de apretar con sus tenazas. Además, no caería con las heridas, no lo mataría después la peritonitis, así como fueron incapaces las balas de la Policía Rural y era impotente la llaga agusanada. La hoja de acero se doblaría en el cuerpo del enemigo. *Kin-Kong* era un ser invencible. Se sintió en ridículo con su cortaplumas de mondar naranjas.

Como una fierecilla domesticada, el hombre obedeció a *King-Kong*, se arrastró hasta la letrina y retiró de la piedra las excrecencias de éste, llorando entre gruñidos de cachorro pisado.

Después, todo volvió al silencio.

Continuó, algo transido, el balance nacional. ¿Dónde había quedado? ¡Ah, sí! El Ecuador se dividía en innumerables celdillas, perdidas unas de otras, separadas por un infinito de distancia, no obstante su vecindad. Cada celdilla era una soledad, soledad de célula, de ser elemental. El país entero era una soledad de archipiélago salvaje. La naturaleza lo estructuró en esa forma. De niño aprendió, para siempre, en la *Geografía* de Roberto Andrade, pequeñita como un breviario, esta oración: *"El Ecuador está atravesado por la Cordillera de los Andes, dividida en dos cadenas paralelas, y ella divide naturalmente el terri-*

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

torio en tres Regiones: la litoral o del Occidente, la interandina o del Centro y la amazónica u Oriental." De grande comprendió que aquéllo encerraba el misterio de la trinidad ecuatoriana: tres regiones distintas y ni un solo país verdadero. Desolador misterio.

Los Andes, que trabajosamente elevaron en otras zonas del continente las entrañas de plata, estaño, cobre, oro, para derramarlas, como los ríos de sus nevados, hacia el mundo; que hicieron posible la vida del águila; que fundaron una verde agricultura en el regazo de los valles; los Andes que nacen suavemente al Sur y mueren en paz natural, como los viejos, casi en el lecho del Orinoco, cuando atraviesan el suelo ecuatoriano rompen la serenidad de las líneas paralelas y, agitados por una extraña locura, se lanzan al mutuo exterminio. Al pasar la cordillera por nuestra tierra los más temibles volcanes, que vivían pacíficamente en una armoniosa vecindad astral, se llenaron de soberbia y furor. Y en una edad oscura del planeta se embistieron ciegamente, chocaron, cayeron en un inaudito revolcón, lucha cuerpo a cuerpo entre volcanes, hasta que la ira telúrica, que llamaría Keyserling, acumulada en milenios de milenios, vació su fuego por las gargantas rotas. Debía ser el medio geográfico ecuatoriano la carne de esa tragedia geológica. Singular destino.

Perennes han quedado los rastros para que los poetas canten mejor, los pintores copien el éxtasis y el infierno, los geólogos hundan sus manos como en cofre de pedrerías y el indio se arrastre como un insecto. Sí, paisajes de belleza inmaculada; milagrosa "galería de volcanes"; abismos azules; planos de arenas solitarias, arriba; mares vegetales, abajo; mantos de tierras quemadas, suelos destrozados, aristas gigantes, caprichosas yuxtaposiciones de altura y sima, por todas partes. Mas, un serrano de ojos tristes, arrebatado por tanta grandeza, se puso a desenterrar el tesoro y encontró solamente unos huesos yertos y unos despojos de ilusión. Entonces dijo la verdadera ele-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

gía. Fué Pío Jaramillo Alvarado, el sociólogo del volcanismo. Magnífica sierra ecuatoriana, cementerio celeste. Por tu belleza el hombre es árido, la tierra pare con dolor y el tesoro minero ha rodado "quién sabe a qué averno". Por tu belleza somos pobres hijos de la violencia, nos odiamos los unos a los otros. Por tu belleza de volcanes muertos nos hemos llenado de soledad.

Los Andes separaron a los hombres en tres regiones distintas y ninguna nación verdadera. Cada región se escindió, llevada por una ley inexorable, en mínimas localidades de máximos enconos. Provincias, cantones y parroquias: sórdidos odios de provincias, cantones y parroquias. El volcanismo logró su diabólica empresa —dividir para reinar—, cercenando la unidad del medio geográfico y, por tanto, separando a las economías y a los hombres. Arriba: el frío, los mansos cereales, el indio arrodillado. Abajo: el calor, los tropicales productos, el montuvio pasional y el jíbaro indómito; la leyenda, que es el mejor oro de los ríos amazónicos. Arriba, el feudo hermético y la cruz. Abajo, el país inquietado por vientos de reforma y unas tribus perdidas en las selvas, viviendo la inocente niñez de la humanidad. Arriba, el interiorano con su propio clima mental. Abajo, el costeño con su idiosincrasia. Descendientes de la violencia, arrebatados por la marcha desigual de la economía ecuatoriana, los hombres de arriba y abajo siempre están mirándose con desconfianza de extranjeros, cuando no se han embestido ciegamente, como los Padres Volcanes, para recordar que "el Ecuador es el país clásico del volcanismo". Volcanismo geológico y volcanismo social.

Sí, el corazón del Ecuador *está atravesado por la Cordillera de los Andes*, que lo divide en cadenas y abismos.

El odio resbala en el machete montonero, sangre de serrano que el enemigo lame supersticiosamente; y con la bayoneta del soldado gobiernista, el odio se entierra en el pecho montuvio. Destila el odio hasta en la costumbre,

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

la tradición y el acento. Hay que sentir cómo muerde la diatriba regional, el "serrano sucio" o el "mono tísico". Hay que sentir cómo envenena y marea la selva de odio.

¿Cómo explicar la impersonalidad, el inseguro tanteo de la nacionalidad ecuatoriana? Separados por una inaccesible cordillera de odio, desde el nacimiento quisieron traicionarse los hombres, unos acechando al Norte, otros al Sur.

¡Soberbia idea! Encomendaría a Diego Rivera, no, a Camilo Egas, dos cuadros murales para encender las paredes del calabozo 51. Ante sus ojos ciegos brillaron las figuras, envueltas en luz de berilo. Dos cuadros: 1º Los feudales serranos, genuflexos ante el militar advenedizo, salvaban sus cosechas de indios, coronándole de Fundador. Sobre la vanidad analfabeta una mano escribía, siniestramente: *doctor honoris causa*. Entretanto, la erosión de la tierra prometida se precipitaba hacia el Abismo Norte. Horizonte de indiadas sin fin. — 2º Los feudales costeños, reunidos en un salón bicolor, maldecían secretamente al Libertador Simón Bolívar. Un pálido caballero, enfundado en un vestido amarillo —al ojal su preferida retórica—, pedía, en nombre de otros pálidos señores, la deportación de las tierras calientes al Abismo Sur. El criado, de estricta librea diplomática, servía en áurea bandeja un escudo embriagador: "Guayaquil Independiente". — Sobre las escenas de ambos murales flameaba la bandera negra, la alta bandera del odio. Una lívida luz común escindía incesantemente las imágenes temblonas, que dejaban entrever el movimiento recóndito de sus estranguladas y profundas células. Por fin, una tempestad andina sacudía los cuadros murales: aluvión de guerras fratricidas, hogueras hasta el cielo, flechas imperturbablemente disparadas por el traicionero Cazador del Sur.

"Formidable material para escribir un ensayo", pensó. Llevando la mano izquierda a la muñeca del otro brazo, se tomó el pulso. Contó los pequeños latidos. "Debo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tener fiebre", dijo. Le dolían los párpados. Se los aplastó débilmente, buscando una sensación de alivio. Y el afiebrado artesano metió en el torno de su incipiente taller una frase más: "tú reflejas el medio, Jaime Rivas; nada puede dominar tus pasiones, tu volcanismo."

* * *

En las letrinas sin puertas, unos hombres, en cuclillas, en actitud grotesca, vigilados por la espera de muchos. En las cabinas laterales, otros hombres desnudos, inmóviles bajo la fina lluvia, o haciendo flexiones para despojarse rápidamente del jabón. Cuerpos de atletas de color, veteados de alba espuma. Festivos rostros de simios negros con patillas blancas. Rumor de las duchas. Gritos. Olor a cloaca.

Irrumpieron bulliciosamente los jefes. Los cordones de turno fueron rotos. Los que no daban sitio eran lanzados a empellones. Algunos salieron violentamente de las cabinas, maldiciendo, los cuerpos llenos de jabón. Algunos se apoderaban de las cabinas conquistadas y se dejaban estar bajo la ducha, largamente, como dormidos. El aire era herido por palabras que consagró la Real Academia Española y por ecuatorianismos. Todos, los que esperaban y los que sentían la caricia del agua, temían el sonido de la campana. Entró un muchacho de pañuelo rosa en la cabeza. Su presencia fué objeto de manifestaciones. Estalló el chasquido de uno que otro beso burlesco y se oyeron llamadas en voz de falsete: "Petita, ven". "¡Ay, Petita!". Los que estaban adelante le cedieron el turno. Tenía mucha suerte. Era de color canela su esbelto cuerpo.

—Ahí donde lo ve, ese maricón se ha comido una corvina — dijo *el gato* Chiriboga, señalando con el dedo.

El aludido miró. Sonreía su cara de niño. ¿Petita? ¿Petita Banchón? Indudablemente, el espíritu carcelario hacía gala de cierto humorismo. En el cerebro de Rivas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

surgieron fáciles las asociaciones de ideas. El suceso había conmovido a la ciudad. *El gato* aprovechó de la oportunidad para disertar sobre el tema, "desde el punto de vista moral y biológico". Comenzó adornándose con una cita.

—¿Ha leído "Corydon", señor Rivas? Un colombiano que estuvo aquí me lo prestó. El autor de éso tiene que ser un cueco, convénzase. Para mí, el asunto

Mientras hilvanaba su discurso contra "el feo vicio", el obligado contertulio dejó fugar su imaginación hacia otra época, que le sugería el apodo alusivo, irónico y tocado de cierta graciosa ternura, a la vez. Efectivamente, el torneo apasionó y dividió a la ciudadanía. Dos muchachas se disputaban el cinturón de la belleza local, cuya propiedad daría a la triunfadora el honor de ser examinada minuciosamente con la cinta métrica en una playa norteamericana. La Banchón, estupenda criolla de color canela. La Calzatti, un bibelot de ultramar. Cualquiera de ellas, la elegida, participaría en el concurso continental. Los yanquis se habían propuesto descubrir una "Miss" de belleza standard. La ciudad vibró, se exaltó, iba a explotar. El pueblo quería a su criolla, la gente bien a su bibelot. Las clases sociales chocaron, porque la primera era una Banchón y la segunda una Calzatti, porque aquélla procedía de una familia de "medio pelo" y ésta contaba entre sus antepasados a honorables inmigrantes, que llegaron al país descalzos y se enriquecieron detrás de los mostradores. En resumen, la lucha de clases se desencadenó porque "ella" era una chola y "ella" pertenecía a la aristocracia porteña. La ciudadanía se amotinó. Los diarios, los teatros, los anuncios comerciales y los poetas expresaron afiebradamente, durante largos días, la alta temperatura del trópico. Fué una superproducción de frases, gritos, versos, que comenzó a inquietar a los temerosos guardianes del orden social. La presión popular venció, al final. La aristócrata Calzatti fué derrotada. El jurado no se atrevió a darle un veredicto favorable, porque la rugiente muchedumbre

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llenaba las inmediaciones del palacio municipal. Y ésa fué la ocasión para que un bardo de teatro ciñera de laureles su pensativa frente con un poema que terminaba así:

Y por Ella triunfó la gracia,
la nobleza del agua y la estrella;
una vez más, triunfó por Ella
la auroral Democracia . . .

—Como le decía, la homosexualidad puede ser ocasional o permanente, según cómo el vicio se haya apoderado del individuo. Por ejemplo, el caso de *Petita Banchón*. A este muchacho, me consta, lo corrompieron aquí.

Bruscamente descendió la pintoresca terminología científica, que *el Gato* había adoptado en su discurso, al corriente lenguaje de la cárcel.

—Aquí la mariconada brama, señor Rivas. Cuando entra un muchacho, los jefes se lo brincan primerito, después los otros. Va pasando de mano en mano, como una meca. Al principio se resiste, protesta, arma boche, pero lo doman a punta de golpes y castigos. Hasta que el muchacho va cogiendo el gusto. ¡Ja, ja, ja!

Caminaban frente a un tendido en que se jugaba al póker. *El Gato* llamó con su voz afirmativa y viril.

—¡Ei, *Calambre*, me pasas un sucre, ya pues!

El interpelado se levantó sumisamente y entregó la moneda. *El Gato* prendió un cigarrillo, frunciendo las cejas. Le ofreció uno.

—Fume, señor Rivas.

Pasó junto a ellos un negrito, cantando. *El Gato* le tocó las posaderas. Pasó un muchacho bajo, rechoncho; le colgaba el fondillo del pantalón de baño, demasiado grande. *El Gato* escupió con fuerza y la saliva, trazando una parábola, fué a caer en el sitio preciso. El muchacho volvió la cabeza y sonrió. *El Gato* escupió de nuevo, esta vez en el suelo.

—Aquí la mariconada brama, señor Rivas. Si yo me

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

pongo en medio patio y silbo cueco, regresa a ver todo el mundo. — Llevó sus dedos índices a la boca, a manera de silbato, y sopló fuerte, imitando dos veces la palabra cueco. La broma provocó su risa bronca.

—Bueno, ¿y lo que me iba a contar de Petita?

—Ajá. *Petita* debe una corvina por esto. Cuando recién entró lo pusieron en el 18, calabozo del *cholo* Valladares y de uno que le apodaban *Mala Noche*. Dicen que mucho antes se tenían ley. Ambos le cayeron a *Petita*. Se cogieron celos los brutos, igual que por una mujer. Un día pelearon a puñete limpio, como media hora, hasta que se rindieron de cansados. *El Cholo* creo que ganó la pelea, no sé bien, lo cierto es que a *Petita* se lo llevaron para otro calabozo. No sirvió de nada, porque en el "asoleo" andaban juntos los tres, el par de pederastas —tosió con dignidad al decir esa palabra "técnica"— enamorando al pasivo . Creo que ya van a tocar la campana.

—No, hombre, siga.

—Para no alargarle el cuento, verá. Una vez jugaban entre varios al "seven". Le pasaron el cacho a *Mala Noche*. Lo zangoloteó y botó los dados. Uno de éstos rodó hasta el centro del petate, era un 5. El otro se desvió, fué a tropezar con la mano de *Petita* y se quedó un segundo, medio de lado. Todos lo vieron, era un 2. *Mala Noche* ganaba. Pero movió la mano *Petita*, de adrede, y el dado se volteó, salió otra quina. Alegaron. La mayoría opinó que *Mala Noche* tenía que sacar el 10 para ganar. Conteniendo la rabia, tiró varias veces, muchas, dicen: el 10 no le salía. Como se pusieron a gritar, yo fuí a ver. En una de esas hizo el 7. Perdió. Entonces *Mala Noche*, furioso, se tiró sobre *Petita*, que se puso a llorar. Ahí fué cuando el cholo Valladares sacó la cara por *Petita*. Los dos enemigos se trenzaron. Ambos eran buenos, señor, pero *el Cholo* era fino para manejar la cabeza. Se dieron varios suelazos. Había que verlo al *Cholo*. Se le iba a pique y lo abracaba para tirarlo contra el suelo. Lo aparaba con la cabeza, lo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

recibía con la pata en el pecho, le mandaba cada zurdazo. *Mala Noche* peleaba también. Era jachudo. ¡Linda pelea, amigo! Yo apostaba al *Cholo*. El patio se llenó de gente. Hasta los pacos se entusiasmaron. Pero *Mala Noche* era alevoso. El rato menos pensado sacó el cuchillo y, sin darle tiempo al otro, le cayó a puntazos. Se cebó. Parecía colchonero, metiendo y sacando rápidamente la aguja. Cuando entraron los pacos armados era tarde. *El Cholo* estaba agonizando.

Caviló un instante, recuperó el aire sentencioso que adoptaba en las ocasiones grandilocuentes y dijo con acento de moraleja: Ahora, señor Rivas, al uno lo tiene en el cementerio de los muertos, el panteón general; al otro en el cementerio de los vivos, el macabro Penal García Moreno.

* * *

En el calabozo 51 el estudiante Jaime Rivas vivía bajo la acción de una familiar anestesia, una embriaguez oratoria y divagadora. Llenaba sus fugas mentales con palabras y conceptos, con frases que, según los estados de alma, nacían hostiles y puntiagudas, como los fragmentos de piedra que la dinamita vuela de las canteras, o suaves como la piel rosada de las muchachas. La cadena de días y noches convencionales formaba una sola divagación, interrumpida en apariencia por la realidad, pero siempre reanudada en el silencioso monólogo. Se trataba del discurso único, que venía diciendo en el tiempo sin fin: el Discurso del Calabozo 51. Como los verdaderos oradores, se escuchaba a sí mismo, aspiraba el ácido o el incienso de su pensamiento; se sublimaba. Ya poseía una técnica. Sabía claramente en su lucidez cómo iban a desgranarse los aplausos al final de cada fracción de la pieza oratoria. Oía el bravooooooooo, o el noooooooo, o el bastaaaaaa, o el fueraaaaa, de la multitud dócil a sus designios. Cuando quería desencadenar la rabia colectiva lanzaba la piedra certera y la casa de avispas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se alborotaba, las protestas volaban sobre él, zumbando en sus oídos. Asimismo, conocía el secreto de modular, subir, bajar, elevar la imprecación o enternecer la suave sordina del acento. Dominando el registro de la emoción humana, arrancaba el silencio, el arrobamiento, la exaltación, el dolor, la risa, las lágrimas, la ira. Todo era como un juego de niños cerca del estanque poblado de cisnes o como el ondular de las mujeres cubiertas de luz en los "ballets" disciplinados y fantásticos.

Su destreza mental de hablar sin la materialidad fónica de las palabras, le angustiaba al mismo tiempo. Porque se decía: "¡Ah, si lograra expresarme en las asambleas y las tribunas iluminadas como pienso en la soledad! Si pudiera disponer de mis efectos verbales, de mis frases deslumbradoras e infalibles como dardos. Si pudiera evitar esa presión del auditorio y esa angustia de represa que es incapaz de contener a tanta fuerza. Si frente al público en acecho dominara mis oscuras debilidades y acertara a pensar en voz alta. Si no me embargara un inexplicable bochorno, que me convierte en un muñeco incoherente y risible. Si despreciando al taimado auditorio encendiera mi simbolismo y moldeara mi idioma sonoro. Si ante el elefante blanco no me sobrecogiera un temor ancestral, primario, que sólo debió sentir el hombre cuando en la boca de su caverna refulgían los cruzados látigos del rayo. Si de repente no me sintiera sordo, mudo y amnésico, levantado de los talones, ausente y como soñando, atrapado en la red de pesados ruidos, queriendo hundirme, desaparecer y, sin embargo, aferrándome al piso flotante. Si en esos inefables momentos no me humillara el ridículo . . . ¡Ah, yo sería el mejor orador del mundo!"

Aquel día —¿día o noche?— había paz en el calabozo 51. A veces sobrevenían calmas largas, de aguas dormidas, intervalos en que las criaturas estaban, no se sabía, aletargadas plácidamente, o acumulando fuerzas

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

para reventar por todos los poros de sus complejos. Rivas amaneció —¿amaneció o anocheció?— liberado de sus crisis frecuentes. Había que vivir, salir pronto de la sombra pantanosa. Algo le anunciaba la libertad.

¿Qué hacer, de hoy en adelante? Por supuesto, luchar. ¿Cómo, bajo qué métodos, en qué climas? ¿Seguir rompiéndose la frente contra el muro? No. Había que encontrar los caminos. Lo primero, descubrir la causa de los fracasos, descifrar la dolorosa clave. Debía entender por qué el partido no crecía, por qué el pueblo se encendía y apagaba espontáneamente, por qué nadie lograba recoger la rebeldía potencial de las masas. Lo primero: terminar con el aire enrarecido y la secta romántica y desvitalizada, dar oxígeno y vida a un partido vasto y fuerte como el pueblo. ¿De qué manera, qué clase de partido? Su pensamiento nebuloso no podía entrever. ¡Ah, señor Bergson, si todo pudiera hacerse con su famosa intuición! Así estarían, como él, consumiéndose en el mismo pensamiento, los compañeros, luchadores de hierro. Los compañeros. Había que aprovechar su esencia humana, despojada de artificiales deformaciones. Había que dar con el secreto de su grandeza y miseria, su aliento y fracaso, su cieno y albura. Buena levadura, por cierto: compañeros jóvenes, algunos, que acababan de abandonar el colegio, entregados al partido con fe de apóstoles; viejos y testarudos artesanos, otros, que amaban a sus gremios con egoísmo de abuelos. Todos se dejarían matar por su partido, todos soñaban en una humanidad ennoblecida, todos querían ser los Lenin americanos. Eran los próceres de la revolución ecuatoriana.

Una tarea, cuando salgas de aquí: conocer a tu propio país. Ni tú ni ellos saben bien de él. Caminar de región en región, penetrándolas, conviviéndolas, sintiendo sus reacciones y esperanzas, desentrañando sus problemas. Estudiar con amor al habitante ecuatoriano y el medio en que se mueve. Conocer como a tu propia mano la historia de

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tu pueblo, penetrándola en su esencia, también con pasión. Puede ser que tu armadura marxista ya esté completa, fortalécela día y noche, sin embargo. Mas, cuídate. Demasiado te ha adormecido el opio libresco. Reconcíliate con tu país. Retorna a su verdad. Y dile a la juventud que pisa sobre los pasos que tu generación va dejando, díle valientemente: basta ya de marxismo de folleto y de lejanas y divinas directivas. Acepta tú mismo, para tu fuero interno, la responsabilidad. Basta ya de marxismo de agitación. Armados de la doctrina rectora, busquémonos a nosotros mismos, dominemos la materia rebelde de nuestra realidad, sin importarnos que ya no caigan sobre nuestras cabezas las extranjeras bendiciones. Que no se excomulgue mi herejía: vale más la enseñanza de nuestros investigadores que el índice de hierro de conductores distantes. Bajo nuestra lámpara prefiramos un atisbo de los nuestros a una cita ornamental de Stalin. Ya sé. Dirán que has renegado de la doctrina, que no es posible luchar sin una cultura revolucionaria, que la enseñanza internacional nos guiará. Todo aquello lo hemos vivido y lo sabemos. No tratamos de renunciar. Queremos poner las cosas en su sitio.

Sólo así penetraremos en la materia caótica de nuestra tierra. Venceremos sobre el volcanismo geológico, construiremos con el volcanismo social. Sabremos, al fin, por qué se odian los hijos de la misma madre y qué cauterio matará a la llaga. Hoy vislumbramos una esperanza cierta. Tal vez está en nuestro destino de aurora. ¿Por qué no? La catástrofe geológica nos perdió y nos salvó al mismo tiempo. Hizo estragos en nuestra materia y espíritu, permitiendo que la economía siguiera cautiva en los dominios feudales y que se debilitara nuestra unidad humana. Pero tales obstáculos que, en último análisis, serán abatidos por el pueblo en armas y que más tarde el trabajo acabará de aniquilar, dueño de la invencible técnica moderna, nos libraron de la esclavitud. Te comprende-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

mos, Ecuador. Eres difícil de penetrar y coordinar. Se resisten a la disciplina tu nevado y tu selva dispares, tu páramo de arenas yertas y tu sabana tibia. Mas, gracias a tu volcanismo ilegible, el rapaz extranjero se desorientó y tu suelo no está cubierto enteramente de mantos de langostas. El volcanismo desvió a la codicia imperialista hacia extranjeros parajes de leche y miel. La naturaleza de airado rostro llevaba escondida su ternura. Supo defender, como hacen las madres, ocultando a la cría. En cambio, la voracidad extranjera seca día a día la vida de los pueblos hermanos. Tú eres, Ecuador, la entraña menos violada del continente indígena y mestizo. Estás en la cadena imperialista de nuestra América, pero formas el eslabón más débil. Te hallas, de este modo, en potencia de dar por segunda vez el primer grito de libertad. Ya lo dijo el Maestro: la cadena imperialista se romperá por el eslabón más débil.

Respiró profundamente. Le hacían bien esos pensamientos, aire de montaña. Cuando salga de aquí, insistió: ¡vivir! Saturarse de vida, levantar en los brazos la vida, como a una mujer.

Sus párpados cerrados presintieron la luz. Abrió los ojos lentamente. ¡Vivir! En la negrura del calabozo la llama de una vela se acercaba. Se detuvo un instante junto a él, alumbrando un rostro. Era *King-Kong*. El resplandor animaba sus facciones horribles. Parecía la espantable visión de un Genio milenario. Frente a él, como invocado por un conjuro, había surgido el dios del calabozo 51. Miró, sin poder evitarlo, la cabeza bestial. Sus ojos encontraron los ojos inyectados de sangre. Sintió que le resbalaba un conocido frío por la espina dorsal. Iba a gritar.

—Buenos días — dijo *King-Kong*.

—Buenos días, compañero.

Santiago de Chile, 1937.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

CACERIA

El viento frío le recorrió de la nuca para abajo, como una vez la uña de la María, y le hizo estremecer.

—¡Achachai! —exclamó, temblando bajo el capote de soldado—. ¡Achachai, qué frío!

La mañana, indio guangudo, había madrugado para barrer las sombras del camino. El Escuadrón —unos trescientos jinetes— descendía la cuesta sinuosa, petrificada en la cintura del cerro como abrazo maldito. Abajo, en una hondura de luz, amanecía un pueblo serrano.

—Brrrrrrr — insistió el soldado. Inclinándose hacia el compañero, evocó el agua de canela, humeante, con una copa doble de aguardiente—: Un canelazo, mi sargento, qué bien nos sentaría.

La sugestión fué tan poderosa que al hablar salió humo de su boca.

El sargento se desabrochó el capote y, con tierno cuidado, sacó del pecho una botella.

—Tomá.

Juan Lisandro Sandoval levantó hacia el sol, con la botella, su rostro picado de viruelas.

—¡Fuera botella! — gritaron de atrás.

El Iluro Sandoval sorbió con fruición, largamente, sin querer oír las risotadas de sus compañeros. Después su figura volvió a empequeñecerse sobre el caballo.

También su alma se encogió. Tas, tas, tas, con el paso lento del caballo caminó el recuerdo. La María. ¿Dónde se habría ido? Iba a oscurecer. El barrio de La Tola exhalaba sus complejos olores de orines, frituras y mujeres malas. La dínamo de la luz arrullaba al barrio con su interminable canto ronco. Caminaba de prisa. Le habían dado pocas horas de salida para arreglar sus cosas, porque la Segunda Compañía tenía orden de marchar esa misma

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

noche. Los indios de Otavalo se habían levantado. Claro, no sería nada, como siempre. La María se pondría alegre. Era la oportunidad de traerle unos zarcillos y de mercar una pailitas de bronce para la guagua. "Buenas noches, misiá Rosita". "Buenas noches. ¡Jesús, no le había conocido! Casi no se ve. A qué hora irán a prender los focos". Pasó frente a la tienda de la fritada y sintió que le acariciaba un olorcillo amigo. Mandaría a comprar unos ocho reales. Sí, y una jarrita de chicha agria. Las luces eléctricas aparecieron rápidas, como un estallido, haciendo gritar de contento a los chiquillos. Sobre la acera casi desierta sonaban los espolines. Volteando la esquina llegaría. Las puertas de la tienda estaban juntas, las armellas atadas por un pedazo de cabuya. "Esta mujer que no pone candado, el rato que menos se piensa van a robar". Colérico, de un empujón rompió la débil amarra. "Y es capaz de haber dejado sola a la guagua". Entró. Prendió un fósforo. Nunca lo hubiera hecho. Nada. Nadie. La tienda vacía. Exploró a tientas, encendió torpemente uno y otro fósforo, hasta que la evidencia lo agobió. ¿Alguien le había asestado un puñetazo en la mandíbula e iba a caer? "¡Maríaaaaa!". Si llegaba esa voz a los oídos de ella, habríase quedado atónita. Jamás la habían llamado así.

—Ve, *Ilurito*, ¿tenís tabacos?

Sandoval extendió maquinalmente el brazo y ofreció un *progreso* de envolver.

—Y dizque han matado al ingeniero.

—No diga.

—Eso oí en el cuartel. Le han sacado los ojos, le han despellejado vivo.

—Indios brutos. ¿Por qué, pés?

—Porque han estado levantando la carta, dicen, mandados por el Servicio Geográfico Militar. Los runas han creído que medían las tierras para cobrarles impuestos.

—Era de explicarles no más.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—¡Bah! Ni al cura han querido atender. Ni al jefe político. Al mismo cura lo han sacado a palos.

—Ja, ja.

Los soldados hablaban en voz alta, dominando el estrépito de los caballos, que marchaban en hileras de dos, buscándose a menudo con las cabezas. Los caseríos espiaban desde el borde de la carretera la presencia sonora de la Caballería. Brillaba el valle de cristal verde. A distancia vigilaban los nevados.

¡Llevarse a la guagua! Era la herida que más le dolía. Recordó la presión de los deditos gordos sobre los puntos cicatrizados de su cara. Por primera vez en la vida tuvo conciencia de la soledad. Se había ido con el Landeta, era seguro. Con el Manuel Landeta, su amigo, que acababa de conseguir un puesto de guarda en Santo Domingo de los Colorados. ¡Ah, por qué no le habría anunciado ésto el corazón! Una saliva amarga le llenó la boca. Prendió un cigarrillo. El viento le llevaba el olor de las sementeras y la nostalgia de su niñez campesina. Se le agolparon imágenes y recuerdos. Vió su casa de adobes en San Luis y a su padre, en la puerta, golpeando la cabuya de las alpargatas. Vió a su madre, los pechos rebosantes siempre, dando de mamar a un guagua. "El Juano, dios me guarde, este longo va a salir una candela". Su padre celebraba el concepto con una sonrisa. Mañana extraordinariamente activa era aquélla. Se la había esperado con urgencia todo el año. Era la mañana radiante en que las severas leyes domésticas no le alcanzaban, porque la disciplina se rompía por sí misma. Era *el santo* de la mama. "Ve, Juano, ayudarás a coger los cuyes, ya mismito vuelve tu taita y me estoy haciendo tarde". El gozo se le acurrucaba en el corazón, un espacio tan chico que debía extenderse saltando, para dar mejor cabida. ¡La única vez que le dejaban matar libremente a los cuyes, defendidos antes con celo, cuidados como niñas bonitas! Tomaba el mohoso yatagán del padre —ex-soldado de historias estupendas— y per-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

seguía a los animales, gordos como diminutos chanchos. Los cuyes, asediados, corrían por todas partes, se protegían debajo del fogón, se disimulaban entre las hojas de maíz, huían entre los muebles, lanzando débiles quejidos. El, arrastrándose, la cautelosa barriga sobre la tabla llena de tierra, desaparecía debajo de la cama. El animal, azorado, le miraba unos segundos, bailaban sus vivos ojitos de rata. ¡Zás! De un golpe certero el yatagán prendía al cuy, contra la pared. El brazo del cazador comunicaba la vibración al resto del cuerpo. Dicha grande, inexplicable, que le hacía dulces cosquillas en el espinazo. Era un cazador número uno. "Dejá, longo, dejá. A qué le sacáis las tripitas". La madre, agachada, le arrebataba de las manos la presa caliente. Extrañamente agitado, volvía a la carga. "Este de grande será soldado —afirmaba el padre, a la hora del banquete, cuando le contaban la hazaña—. Bien ternejo, como el taita".

Suspiró Juan Lisandro Sandoval, cabo primero del Escuadrón Yaguachi.

—Elé, la laguna.

De golpe se paralizaron las conversaciones, como sucede con el movimiento en los ejercicios, a la voz de mando. Los ojos del Escuadrón se extasiaron unos segundos. La laguna de Otavalo, pupila azul del paisaje, estaba allá, tendida a los pies del monte Imbabura. Silencio. La laguna, imán de silencio.

Resonó la voz del comandante:

—Al galope.

Los caballos corrieron por la llanura, abriendo las narices, moviendo las orejas para espantar a la llovizna que, volando, los perseguía desde la laguna. En la cuesta final retornó el paso lento.

¡El se vengaría, carajo! Por culpa de los malditos indios ese momento se veía impotente, cosido al Escuadrón, como el sable a la montura de cuero. De otro modo, estaría gestionando la licencia, para buscarlos. ¿Se halla-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rían ya cerca de Santo Domingo? Fijo. Pronto llegarían a la selva retorcida, donde cambiarían su pasión, estimulándola con perlas de aguardiente recién destiladas. Se reirían del *lluro* confiado . . . Miró un rato el sable de acero, que se balanceaba obstinadamente junto a su pierna. "Los sorprenderé durmiendo. A él le atravesaré la garganta, como a cuy, a élla le cortaré los pechos".

—Oyé, cabo Sandoval, igualito a la entrada de Ambato.

A sus pies, Otavalo, tomando un baño de sol, panza arriba. Alguien había trazado las calles con regla. Plazuelas moteadas de ponchos rojos. Campanarios musicales. Huertos mojados. Coros de acequias múltiples.

Asomaron las primeras casas de dos pisos, orgullosas y recién blanqueadas, como las viejas encopetadas del lugar en las misas del domingo.

* * *

Los indios iban y venían por el camino, borrachos algunos, levantando el puño hacia el monte, el "Taita Imbabura", que los había traicionado. Las mujeres hundían lentamente los mates en las vasijas de chicha y repartían la bebida, llorando. Era el resto de la indiada que se replegaba a los caseríos de la laguna. Les iban a quitar las tierras. Les iban a quitar las tierras. Pum, pum. El pensamiento se repetía en el cerebro como los golpes isócronos del bombo lejano. No cabía duda: les iban a quitar las tierras. Primero, amanecieron los blancos, merodeando las sementeras, armados de sus diabólicos instrumentos, que espían hasta el fondo de la tierra y la miden con largas cintas, igual que se hace con el cadáver antes de elegir el ataúd. Pero los runas cayeron sobre ellos, de sorpresa. Los blancos huyeron, abandonando en el campo los brujos aparatos. ¡Salvados! ¡En su poder, al fin, la causa de sus desgracias, el arma maléfica que a los enemigos vuelve invencibles! Rodearon a los instrumentos, como a

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

prisioneros, y, embargados por el ancestro de los sacrificios rituales, los fueron destruyendo pausadamente, como a cuerpos humanos que es preciso desarticular, hendir, rasgar, reducir a polvo y ceniza. ¡Con qué placer machacaron, sobre todo, a ese pequeño monstruo parado en tres patas, cuyo ojito de agua, inquieto, burlón, se movía de un sitio a otro y brillaba perversamente bajo el sol! Sin la pupila brillante, el blanco ya no podría ver hasta el fondo de la tierra. Después, taitito, después aparecieron los soldados con sus armas de relámpago y trueno. "Taita Imbabura" no los había protegido. Era un monte traidor. Al borde de la laguna los puños amenazaban.

—Ya vienen — gritaron los que se habían rezagado.

Corrieron a dar la noticia.

Por el camino, en efecto, avanzaba un grupo: el señor cura, el jefe político, el ingeniero, el comandante. Los resguardaba un piquete de soldados.

En dirección opuesta avanzaban también los caciques, vestidos con sus prendas de ceremonia.

Se encontraron. El cura se adelantó.

—Venimos en paz, hijos; nada les va a pasar.

—Sí, taita curita.

—Sólo que tienen que devolver los instrumentos. Es pecado robar. ¿Dónde los han escondido? ¿Van a entregar?

—No, taitito.

El jefe político se enfureció:

—¿Pero no entienden, runas, que los señores vienen a levantar la carta militar? ¿No les he dicho cien veces?

—A éstos sólo con palo les entra — interrumpió un señor de lentes y alisado bigote.

Dirigiéndose al cacique más viejo, intervino el ingeniero:

—Fijaraste. Gobierno no quiere cobrar impuestos tierras comuneras. Ley prohibe. ¿Entendís? Peor expropiar. Ni amos de aquí ni Gobierno quieren. Nosotros ve-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nimos únicamente a estudiar terrenos, a escribir propiedades en cartulinas. ¿Entendís? En seguida nos vamos.

Los indios miraban con ojos ausentes.

—Verás, hijo —insistió el cura—. Estos señores son militares, tienen que levantar unos planos, la carta militar, necesaria para defender a nuestra patria, si los enemigos se atreven a hollar el sagrado suelo.

La palabra del cura se hizo extensa y llena de vueltas como las orillas de la laguna. Era el invariable sermón de la misa que, no obstante, los indios apenas reconocían. Sin el púlpito, los cirios, el órgano, los sangrantes crucifijos y las blancas vírgenes, la voz del taita cura había perdido su secreta fuerza. Bajo el dombo del cielo se esfumaba, moría, no producía los ecos largos que llenan de pavor el alma.

Hasta que a los señores se les terminó la paciencia y comenzaron a levantar los brazos, a gritar, a meter los puños cerca de los ojos. Los caciques oían sin responder. Se apartaron unos minutos para deliberar. Retornaron imperturbables.

—Amito —comenzó un indio corpulento, de rostro dormido bajo el hongo gigante del sombrero: enérgica figura de grabado en madera—. Amito, siempre ofrecís mesmo. Venís quitar tierras, con shúas. Antes que dejar moriremos. Jamás dar instrumentos. Sin instrumentos no podís volver con shúas, ni hacer mediciones, para quitar tierras.

Le tocó hablar al más viejo de los caciques: pantorrillas nudosas, tronco macizo, cabeza agobiada entre los hombros, cara atravesada de líneas, como las sementeras. Contó que de chico había visto las tierras de la comunidad indígena. Eran más amplias. Con su brazo trazó una circunferencia, en torno a la laguna. Cuando su padre vivía, le oyó decir que en la niñez de éste la comunidad era más grande. Trazó con el brazo otro círculo imaginario, más ancho que el anterior. Cuando el abuelo . . Y así fué des-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

cribiendo varios círculos, remontándose a los antepasados distantes, en torno a la laguna siempre, hasta que sus brazos abarcaron la circunferencia máxima de Atahualpa, que contenía el cielo y la tierra en su vastedad infinita.

Ninguna honda certera habría roto el cristal de ese silencio.

Después el indio anciano lloró. Dijo que, poco a poco, fatalmente, la inmensa rueda se había ido estrechando. Los blancos robaban las tierras comuneras. Los brazos del cacique fingían una circunferencia que se cerraba, se cerraba, hasta que se unieron las manos prietas en ademán de estrangulamiento. Algunos indios lloraron en silencio, mientras él hablaba, secándose las lágrimas, gruesos maíces, con un canto del poncho.

Y los dos grupos se volvieron, cada uno por su lado, en direcciones opuestas.

* * *

Todavía la noche agobiaba sus párpados, no liberados completamente del sueño. Más que ver, se presentía el crepúsculo de la madrugada. Los soldados salían del pueblo, despacio, dejando marchar a los caballos con las riendas flojas. El ruido de los cascos en el empedrado despertaba a los vecinos. Algunas casas se iluminaron y bostezó una que otra ventana.

—Mamita, los del Yaguachi ya bajan a la laguna.

—Matarán, pes, a los indios.

—Me muero, ¡cuántas ametralladoras!

—No dizque va a quedar ni uno.

—Mamiticos.

—El compadre Lucho tan ha de ir.

En la altura, el Escuadrón se detuvo y tomó posiciones. Un grupo emplazó a las dóciles máquinas. Otro pelotón, distanciado del primero, se esparció en abanico de guerrillas. Y, por fin, el último esperó en un bosquecillo, caballos y jinetes listos para la carga.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Amaneció. Bajo los ojos surgió la laguna desnuda, pureza de luz tan inmediata que casi podían tocarla. Empleando a un buen caballo, el jinete lograría un salto en el vacío y caería elegantemente sobre el cristal azul. Lucido número de equitación para un 10 de Agosto. De pronto divisaron el escenario entero. El viejo monte Imbabura, mal tapado con sus sábanas de niebla. Las orillas vegetales de la laguna. Las casas y sembrados. ¡Ah, madrugaron por gusto! Los malditos indios estaban ahí, ocupando el terreno, burlando la posibilidad de una sorpresa. Sus ponchos daban color a la tierra como un manchón de flores mínimas. Moviéndose en la loma distante, eran como una masa de gusanos en un queso.

El Iluro Sandoval estaba en el pelotón de "montados". Era la Caballería, que debía actuar a una señal, como hizo exactamente en Cajamarca la Caballería de Pizarro y del cura Valverde. Sembraría, asimismo, el espanto con el acero y el fuego, aplastaría los cráneos, pasaría sobre los indios caídos, hombre y jinete unidos en un solo cuerpo, centauros inmortales, que al inca Atahualpa hicieron para siempre rodar de las andas de oro.

—Lo que es la ignorancia, mi teniente. Ponerse con nosotros estos indios.

—Armados de garrotes, piedras y azadones

—Brutos. Se querrán dejar aplastar como piojos.

—No crea; apenas vean la cosa seria agacharán la cabeza.

"Aplastar como piojos". La frase quedó sonando en los oídos del *Iluro* Sandoval. Desenvainó el sable, observó cuidadosamente el filo y la punta relucientes, lo arqueó. La ira reprimida iba a romper, por fin, las esclusas. "Carajo, los traspasaré como a cuyes". Para eso era desde pequeño un cazador número uno.

Los demás hombres fueron tendiéndose, uno después de otro, cansados, impacientes. La marcha desde Quito y el maltrato de las noches truncas los tenía de mal humor.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Con el rostro pegado al suelo, descansaron. Paulatinamente fueron sintiendo el aliento de la tierra. Sus corazones respondieron al saludo entrañable. Casi todos eran de origen campesino. Venían de la tierra. Se inmovilizaron. El ojo humano y el ojo del rifle formaron un ojo único.

¿Cómo? Así inmóviles, los unos y los otros adversarios daban realidad al prodigio. Habría que restregarse los ojos, como en los cuentos. Podía ser efecto del sol, que arranca secretos y ahuyenta a lo impreciso con su luz implacable. Podía ser un espejismo, un sortilegio de la laguna bruja. ¡El parecido era milagroso! Tanto que, tomando los unos la colocación de los otros, serían, inversamente, indios los primeros, soldados los segundos. No tenían más que cambiar la gorra, la casaca, el pantalón de montar y las botas por el enorme sombrero de lana prensada, el poncho de lana, el calzón de liencillo y las alpargatas de cabuya. Y, como un detalle, debían cambiar el fusil por los útiles de labranza, armas improvisadas. En uno y otro bando aparecían las mismas figuras de bronce, bajas y macizas, los pómulos salientes, los ojos asiáticamente rasgados, la nariz enérgica y el labio grueso. ¡Eran todos indios! ¡Se iban a matar los hijos de la laguna!

—¿No le dije? Ya vienen a parlamentar. Mírelos.

—Se libraron de una buena.

De la loma se había desprendido un gajo de ponchos. Caminaban los caciques hacia la cuesta de los soldados. El silencio poderoso de la laguna se extendió sobre el paisaje. Cerca del agua volaban en bandadas las blancas gaviotas: una carta de paz que el ángel había roto desde el cielo, lanzando los pedacitos a la laguna.

Violó en ese instante el silencio la risa nerviosa de una ametralladora. Fué la señal.

Así principió otra cacería de indios.

Lima, 1940.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

NOCHE

Huyendo de una taberna vecina, el bulto se disimuló por la callejuela del puerto y fué derecho hacia una casa de rótulo iluminado. Ahí desapareció. Quedaron solas en la calle las letras sempiternas: POSADA LA MARINA.

—No hay más que en pieza de dos camas.

—¡Y qué!

—La otra cama fué tomada por una pareja.

El cliente frunció el ceño.

—Le aviso, porsiaca no le guste.

—Bueno, pues.

El empleado —rechoncho, bajo, de visible sangre araucana— se adelantó, guiando al hombre por un extenso corredor, que doblaba algunas veces. Se detuvo frente a una puerta y sacó del bolsillo el manojo de llaves.

—Quizás ya no vengan, son las doce-veinte — dijo, con la suavidad de los empleados que preparan el terreno a la propina.

—Ojalá.

El hombre se desvistió apresuradamente, sin dar importancia, tal vez por estar familiarizado, al panorama de la habitación: dos catres amarillos, cubiertos por colchas de un sospechoso color gris, dos sillas *coloniales*, un lavatorio de hierro, un piso de madera terrosa, unas flores que chorreaban suciedad, dibujadas en el papel azulino de las paredes. Dobló cuidadosamente los pantalones y los colocó debajo del colchón, a la cabecera. Extendió después la americana, dejando los forros hacia afuera, y puso encima la almohada. Metió, finalmente, los calcetines dentro de los zapatos y colgó a éstos del catre, haciendo un secreto nudillo con los cordones. Cuando su previsión le persuadió de que estaba a salvo de una sorpresa, se acostó.

El cuerpo recibió con fruición el baño de reposo, que

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

debía limpiarlo de la fatiga diurna. Eran suaves las toscas sábanas, un nido acogedor el apelotonado colchón, un grato descanso la dura almohada de paja. Los pies se restregaron en la frialdad de las sábanas con el placer del perro que se rasca en la hierba húmeda. Se atravesó sobre el lecho, tomando la posición inveterada: las piernas encogidas, los brazos cruzados sobre el pecho, el tronco medio inclinado, la cabeza agobiada. Era una costumbre que heredó de la infancia. Venía probablemente de más lejos, de su nebulosa vida intrauterina.

Blandamente iba atrapándolo el sueño, con esa sensación previa de rodar, rodar, en el tibio infinito. De repente, un alfilerazo le pinchó la conciencia. Simultáneamente se materializó: una hincada en el muslo. La sensación, repetida, se volvió ubicua; en el muslo, cerca de la axila, en la espalda. Una tenue carrera subía por el cuello. Los dedos ciegos cazaron el punto en movimiento, que reventó bajo la presión. El grumo viscoso despidió en la cama un olor repugnante. Chinches. Lo asediaron. Principió la lucha conocida. Picaban con urgencia, atacaban como pequeñas fieras excitadas. La piel sentía sus audaces correrías. Las expertas yemas de los dedos hacían su trabajo, cubriéndose, a medida que lo realizaban, de una sangre adhesiva. Los minúsculos enemigos llegaban desde las arrugas del colchón, las junturas del catre, las puntas de la almohada, invadían desde recónditas guaridas. Si la mano hubiese dado vuelta al interruptor de la luz, el ojo habría contemplado una temible hilera negra, descendiendo por la superficie lisa de la pared.

El cliente de la POSADA LA MARINA no se incorporó en el lecho, ni prendió la luz, ni vociferó, ni salió a la calle, vomitando unas palabrotas. Se resignó a luchar silenciosamente con los parásitos, como si su voluntad, igual que su cuerpo, hubiese resbalado entre las sábanas. Buen conocedor de las camas de alquiler, se entregó a una paciente y refleja defensa. Entretanto, un reloj cercano daba algu-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

nas veces sus opacas campanadas, los tranvías chirriaban en la calle, los noctámbulos pasaban, satisfaciendo su voluptuosidad de hablar a grandes voces. A medida que se hinchaban con la sangre, los chinches se iban calmando. Los más ahítos se quedarían inmóviles en un pliegue cualquiera de la cama, como los ebrios caídos en las calles. Seguirían el camino de sus escondrijos apenas pasaran los efectos de la dosis.

El bulto humano también se fué inmovilizando, mientras el pensamiento descendía en el tibio vacío, describiendo amplios círculos, como las aves de rapiña antes de la caída definitiva sobre la presa. Por fin el pico afilado iba a clavarse en la entraña del sueño. Fué en aquel segundo intangible que la puerta rechinó escandalosamente y entró la pareja anónima, dueña por una noche del otro catre amarillo.

Los oyó desnudarse en la oscuridad. El zapato masculino cayó pesadamente sobre el piso de madera.

—¡Chist! — susurró una de las voces.

Los golpes del calzado femenino sonaron menudos y discretos. Percibió la caída de los dos cuerpos sobre el lecho crujiente. Tuvo entonces para los desconocidos una íntima maldición y se volvió hacia la pared, con ostensible violencia. Permaneció quieto unos instantes, tratando de ignorarlos. Pero en su carne principiaron a correr unas hincadas más tenaces que las sentidas en la lucha con los parásitos virulentos. Escuchó. Sonaban unos besos glotones, largos y mínimos, susurraban unas voces ilegibles en el silencio. Afinó el oído. En el esfuerzo de ahogar la voz, unas palabras fluían broncas, mutiladas, opacas, desde el fondo de las gargantas. Pronto la timidez primitiva fué dominada por el ímpetu de la pasión y las palabras brillaron puras, audaces. Llegó a captar nítidamente los absurdos diminutivos de la ternura.

—Espera, mamito.

—Ven, amor. Pronto. Me estás enloqueciendo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

La fina voz de la hembra rogaba, pedía y prohibía. La voz del macho temblaba, dominante.

Pensó que así debía angustiarse la voz humana ante la muerte. Minutos sinuosos. El tiempo adquiría unas dimensiones inaprehensibles. Súbitamente, en la anónima habitación de la posada nació un grito. Fué un grito mordido, rápido, más animal que humano. Y después, un sollozo.

Se incorporó. Conocía el inconfundible clamor. Había vivido. "Las mujeres —reflexionó— sólo lloran así cuando son madres por primera vez o cuando son desfloradas". Saboreó en secreto el comienzo del eterno drama. Un himen desgarrado. ¡Bah! La casualidad jugaba con él partidas desconcertantes. Imaginó a los protagonistas. Las sombras abstractas se encarnaron en la noche cerrada de la habitación. Ella, una doméstica sin belleza, acaso una empleada de café trasnochador. El, un Don Juan portuario, marinero, paje, estibador. El, ella. "Soy el personaje número 3 —elucubró—. Curiosa cita de tres".

Oyó que ellos volvían a los convulsos instantes.

—Amor querido.

—Aguarda, deja, por dios.

—Ya, ven.

—No puedo, no puedo.

Siguió atentamente la lucha. Surgió en la habitación el rumor de unos pasos desnudos que huían y otros pasos desnudos que perseguían. Los cuerpos tropezaban con los muebles. El macho la alcanzó, por fin, la tumbó sobre la cama, la golpeó enfurecido. Resonó el chasquido de la mano abierta, castigando las carnes rebeldes. Luego se repitieron el llanto, los mimosos gemidos y la entrega jadeante.

También se encolerizó el testigo forzoso. "Les rompería el alma, desgraciados". Tosió nerviosamente. Como se busca un calmante, trató de planear mentales y difíciles represalias. Prendería sorpresivamente la luz eléctrica. Su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

agresividad los dejaría petrificados. Su puño se vengaría del desvergonzado galán que, dominado, huiría, abandonando en el campo la presa. La idea de poseerla acabó de agitarlo. ¡Ah, si fuera un hombre fuerte! Se mantuvo encogido, consciente de su debilidad física, agobiado por sus inútiles reacciones, sintiendo el latido de una sien en la almohada, paso violento de la sangre.

—La tarde que esperé en la esquina de tu liceo iba a matarme. ¿Te acuerdas?

—Fuimos al parque, ahí me lo dijiste.

—Lloraste.

—Tenía miedo de tu muerte, de tus amenazas, no sé.

—Me consolaste, me ofreciste tanto . . .

—He cumplido, ¿ves?

—Me creías ciego de celos por tu intimidad con ese profesor de porquería.

—Calla.

—Pero sólo me atormentaba la idea de perderte.

—Loco.

Sintió una confusión inesperada, un malestar que lo llenó de sorpresa. Fué el desconcierto del arquitecto que descubre un error en sus planos cuando el edificio está casi terminado. Error de cálculo, efectivamente. Acababa de saberlo. La hembra gozada no era una vulgar maritornes, como imaginó en su primera certeza. Se trataba de una adolescente, una niña de liceo. Debía ser bonita, su cuerpo joven despertaría merecidamente la pasión vital del macho, su conquista valía la pena de morir. Fué yuxtaponiendo las imágenes. Sobre la figura de la doméstica inerme, la silueta de una muchachita en flor, de la clase media. Sus ojos cerrados la vieron palpitar, fina, ágil, sonriendo a la ciudad en las radiantes mañanas del liceo. Muchas veces la había contemplado en las calles y los parques. Vestía el uniforme azul, de botones dorados. La media corta realzaba el tono rosa de la carne. Los senos levantaban su orgullosa pureza. Los ojos eran cándidos, la boca ancha

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

y prometedora, la cabellera larga caía en ondas sobre la nuca. . .

—Espera, mamito . .

La tenía a pocos metros de él. Estaba ahí, tronchada por vientos fatales, desnuda, anhelante y temiendo, sacudida por la fiebre de un placer doloroso. Se irguió. Sus ojos abiertos trataron de ver, pero la noche del cuarto era impenetrable. Sus aguzados oídos, en cambio, recogían hasta el mínimo rumor de la entrega. Una especie de vértigo se apoderó de su sangre. Ella gozaba entre dulces gemidos. Debía ser magnífica, una hembra, hembra, hembra. La mano palpó el altivo miembro, que de tenso llegaba a dolerle. Ya no pensó. Consumó la inevitable humillación de su carne. El raudal de materia pegajosa, adherida a las piernas y las sábanas, aumentó su irritado bochorno. Llegó a temer que la presencia del grueso líquido despertase nuevamente el apetito de los chinches. Tuvo asco de sí mismo.

El cansancio, por fin, lo fué insensibilizando. Un sopor invencible lo invadió. Hasta su somnolencia llegaban, en sordina, los vecinos ruidos. Un tranvía pasó con estrépito de hierros viejos. Una mujer transeúnte hirió el silencio con su risa histérica. Un saxófono gangueaba el fox-trot en un cabaret cercano. Apenas percibía ya la existencia de los amantes. Fueron alejándose, hasta desaparecer, los sonidos identificables: los quejidos de rata que ella exhalaba intermitentemente, las toses, las risas ahogadas, el uso del vaso de noche.

Madrugada.

El instinto, máquina ultrasensible, funcionó a tiempo. Lo despertó. Abrió los ojos. Una claridad novicia se filtraba en el cuarto. De golpe recobró la noción de la fuga. Tenía que salir de la posada, escabulléndose, como entrara, hurtando el bulto al día. Se distendió un instante en el lecho. ¡Qué deseo tremendo de dormir! El espolazo del miedo hizo saltar al cuerpo remiso. El cerebro, capataz

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

inexorable, ordenó. El hombre abandonó el lecho. Bostezó y olió su propio mal aliento, arrojado de la boca amarga. "Vida sucia", protestó. Comenzaba otro día.

De pronto, lo sucedido en la noche surgió plenamente en su conciencia. Ellos estaban acostados todavía. Seguramente dormían. Estaban cerca de él y muy lejos al mismo tiempo. Los alejaba un abismo: el día. Los había conocido en la intimidad más absoluta y, sin embargo, los desconocía. Estaban ligados a él por un extraordinario momento de sus vidas, pero iban a tomar caminos eternamente distintos. La curiosidad, aguzada en horas, estalló. ¿Cómo serían ellos? Antes de salir debía verlos, para llevar en la memoria el recuerdo de sus personas físicas. Fué acercándose de puntillas. En la habitación flotaba una niebla rosada. Distinguió un manchón de ropas en el suelo. Su retina no logró descubrir, entre el desorden, a los zapatitos femeninos, detalle tierno en la amanecida de los amantes. Se inclinó sobre el lecho. Tan junto estaba de ellos que oyó, con la atención de un ladrón o un médico, el ritmo de las dos respiraciones. Hacia el canto, reposaba el cuerpo de él, modelado toscamente por la colcha. Notó que la rápida luz veraniega se iba apoderando del cuarto. Un blanco y fornido brazo se extendía fuera de las sábanas, buscando al otro cuerpo. Una gruesa vena señalaba, como un sendero, el contorno del biceps. El dorso de la mano mostraba, en relieve, la azul hidrografía de las venas. Observó el rostro de perfil: la enérgica línea de la ceja, la nariz prominente, el cutis quebradizo. En la cara brillaban chispas argentadas, que se condensaban en el breve bigote y blanqueaban reciamente en los mechones de cabellos.

El hombre sonrió con malicia sombría:

¡Era un viejo!

—¡Ah, viejo fauno! — murmuró.

Ahora era más intensa su punzante curiosidad. Se extendió por encima del viejo, apoyándose en la pared. Ella

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

se acurrucaba al extremo del lecho, como queriendo evitar la presión del vecino cuerpo. Un brazo descansaba en la almohada, ocultando casi el rostro. Surgía triunfalmente sobre la sábana un flanco desnudo. La sangre del macho volvió a encenderse, como en la noche de angustias. Se estiró cautelosamente, como tigre dispuesto al salto, y posó en el sexo la mirada sedienta.

El hombre sintió que un frío puntiagudo penetraba su entraña:

¡Era un niño!

Valparaíso, 1941.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"SEVILLA", DE ALBENIZ

Quedó un resplandor de luces débiles, como en los templos a la hora en que reza el silencio. El teatro era, ciertamente, un templo, un resplandor de almas. En el escenario se alzaba el tabernáculo, un piano negro. Junto a éste apareció el oficiante: Arturo Rubinstein. Lentamente fué ascendiendo un incienso de harmonías. Se hizo la tempestad, bronca, profunda, la tempestad beethoviana que sacude la selva musical y derrama sobre ella un raudal de vibraciones sonoras. Nació el amanecer, con sus ramos de arpegios, sus acordes inocentes, sus himnos, sus alondras fascinadas. Despertaron las recónditas perlas, ensartadas por la magia, aprisionadas en collares de sueños. Y, asimismo, emergieron los fondos submarinos, con sus países de algas y sus catedrales sumergidas. Las manos del virtuoso, luminosas y aladas, volaban de fantasía en fantasía. El artista poseía los elementos —el viento, el mar, el bosque—, los exaltaba, les daba nuevas formas y plasticidad. La materia musical era una dócil arcilla entre sus manos de escultor cósmico.

Un hombre escuchaba conmovido desde su anónimo asiento de la galería. Cuando sonaron los primeros acordes de "Sevilla", de Albéniz, se encogió y cerró los ojos. En la penumbra interior habían saltado los planos del recuerdo, enlazados y veloces.

* * *

El mar se la entregó, al fin, una mañana del naciente otoño. En el puerto, las barcazas somnolientas, aprovechando la pereza del sol, se levantaban más tarde para comenzar las faenas. El muelle fué invadido por grupos impacientes, que deseaban acercar con su cadena de gritos a la masa lenta del barco que atracaba. El tranquilo brazo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de hierro tendió la escala. Librándose del puente congestionado, Luisa corrió hacia él y se apretó a su cuerpo.

—Niñita, Jorge mío.

Palabras murmuradas con sonidos raros, asfixiadas de dicha. Entonces comprendieron que el sufrimiento era una escuela. Se habían preparado largamente para recibir a ese profundo minuto de su vida.

Las horas del tren que los conducía de Valparaíso a Santiago se evaporaron como un perfume. Fué una embriaguez de diálogo, de urgencia por decir en minutos la emoción y los sucesos de años. Luisa, de espaldas al paisaje, que corría sin cesar ante la ventanilla, decorando su pequeña cabeza, iluminaba el relato con el color de sus mejillas encendidas y su risa de fontana. Atardecía. El otoño, espléndidamente amarillo, fué a recibirlos a la Estación Mapocho.

La pieza que él había dispuesto en la casa de pensión era simpática. La luz entraba por dos espléndidas ventanas. A distancia se veía el fleco inmaculado de la cordillera. El tráfico escaso era animado de vez en cuando por las campanillas de los pequeños coches, las típicas "golondrinas" de Santiago. Luisa aplaudió al entrar. Sus ovaciones fueron dirigidas al jarrón de flores, al armario discreto, a la "toilette" frívola, a los libros amigos. "Te nombro decorador de mi compañía", dijo con toda la seriedad que pudo. Le encantó la sencilla pobreza, que los acercaba. Así habían imaginado su primer refugio, su isla, a la que arribaban después de espesas tormentas.

Y la primera noche del misterioso amor comenzó para ella con una ceremonia ritual, celebrada entre risas y complacientes resistencias. Jorge la tomó en sus brazos y la paseó desnuda en la habitación, "para que la reina se posesionara de los vasallos", mientras el sorprendido espejo recogía en sus aguas la clásica viñeta del fauno y la ninfa.

* * *

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Las semanas transcurrieron dócilmente. Durante el día sus dos cabezas se unían frente al libro común o en la sala de un teatro. A veces iban hasta los parques otoñales, donde los enamorados se besaban como palomas. En la noche Jorge concurría a su trabajo del periódico. Santiago, ciudad inédita para sus ojos forasteros, les iba entregando los viejos secretos. Caminaban por sus calles, experimentando la felicidad de ser desconocidos. Uno después del otro, habían saltado la muralla de su lejano país y ahora sentíanse livianos en la extranjera tierra, liberados de prisioneras angustias.

Un día murió el diario en que Jorge dejaba burbujas de su talento. El hecho no los hirió. Entre ellos y el ambiente se trabó un íntimo conocimiento. Su cuarto participó más directamente del trabajo cotidiano. Jorge escribía crónicas, cuentos, crítica. A menudo su compañera ponía un dedito de gracia allí donde la "creación comercial" se mostraba demasiado áspera. Como el estrecho pago de las revistas populares era irremediable, Jorge salía a la calle, vendía libros de las editoriales, contribuía en fugaces campañas de publicidad, recibía y daba iniciativas, realizando, en suma, esa faena de buzo que el grande océano de la calle reserva a los enérgicos luchadores. La ciudad fué, por fin, entregándose. Y entonces aparecieron los matices que, cambiando siempre, hacen de la vida una amante exquisita.

* * *

Sometidos a condiciones variables, eran ágiles sus inquietos días. La alternativa y el contraste aireaban de libertad sus momentos reales y sus estados de alma. Unas veces, generosos, aventureros días de sentir la vida dominada, de gastar con cierta indolencia y saborear algunos caprichos. Otras veces, días angostos, con más silencio y vasos de té, arañados por la nerviosidad de la pobreza, sensibles a efímeros resentimientos. Un día cualquiera, el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

"día ordinario" de las gentes de existencia basta, era para ellos su domingo. Lo festejaban a su antojo, como estudiantes en vacaciones. Fué un domingo convencional la primera vez que subieron al cerro San Cristóbal. En la altura coronada de vientos era más fina y grácil la silueta de Luisa, ceñida por las líneas del traje sastre. La respiración de la ciudad llegó hasta ellos, potente y clara. El gigante, acostado sobre el valle, exhibía sus formas atléticas. Profusos cabellos verdes y amarillos en la hermosa cabeza, hacia el oriente: extensión de los barrios residenciales. Tórax jadeante, la zona central. Músculos de gladiador, los suburbios industriales. Al cinto una espada: la línea metálica del Mapocho, para recordar la leyenda guerrera del chileno.

—Mira, Luisa, ese lomo verde es el Santa Lucía. ¿Lo ves? Fué el penacho y la fortaleza que escogieron los españoles. Quedaba entre los brazos del río, porque antes el Mapocho se bifurcaba, tomando el antiguo caudal el camino de lo que es hoy la Avenida de las Delicias, otro río humano. Allá tienes, como un medallón, la Universidad Católica. Más a la izquierda, los barrios residenciales. A ver, a ver, "Pedro de Valdivia" . . Mira, en esa dirección vivimos nosotros.

Permanecieron largo tiempo callados, escuchando la voz profunda de la ciudad. Eran rumores pastosos, densos, síntesis de infinitos sonidos. El enjambre de las voces humanas. La resonancia del tráfico: tambores sordos, trompetas, motores estentóreos. El canto de las fábricas. Las cascadas musicales de los vientos cordilleranos. Toda esa selva de sonidos se evaporaba bajo el sol. Los componentes, al elevarse, se mezclaban al aire sonoro, formando arriba un clamor palpitante, mágico.

Influenciado por las recientes lecturas, Jorge insistió:

—¿Soñó en tales proporciones el férreo capitán don Pedro de Valdivia?

—¡Qué grande! ¡Magnífico!

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—La fuerza social que allí hierve es más sugestionante —comentó Jorge. En tono confidencial le explicó, dibujando una semblanza—: Santiago es una ciudad que crece diariamente, como un niño en la primera edad. Se halla en plena transición. Va a hacerse una urbe. Por eso, tú observarás, sus matices provincianos, su mentalidad con vestigios coloniales, la campesina parsimonia de sus gentes, son caracteres vigorosamente mezclados a otros, propios de la ciudad tentacular, cosmopolita, estremecida por la fiebre industrial. Las gentes son el reflejo de dicho crecimiento. El terrateniente, de pergamino amarillo, no es el feudal de nuestro pueblo. Hay en aquél un sentimiento nacionalista, de chilenidad, como dicen aquí, que lo democratiza. Su testarudez no es el egoísmo de horca y cuchillo de nuestros señores, en cuyo pulso bulle la sangre de los encomenderos y negreros coloniales. Convive, pese a los gallardetes políticos, con el nuevo rico, el burgués del rascacielo, los audaces capitanes de las finanzas, la mina, la fábrica apoplética, el comercio ambicioso. La clase media, más colorista, siente los estragos del violento crecimiento. En ella se han plasmado la cultura y la inquietud espiritual de nuestro siglo americano. En ella también, los vicios y el ímpetu libertino de la vida libre. En la base ancha de la pirámide tú hallas al pueblo, al *roto*, que no es, por cierto, el teatral y maquillado personaje que yo conocía, antes de llegar, en alguna novela chilena. Fíjate —continuó, señalando con el dedo las distancias—, los edificios del Barrio Cívico y los conventillos del Barrio Matadero son los hitos que bordean el altorrelieve de la lucha social, aquí. En ese espacio simbólico se mueve *el roto*. Vive como un gusano en los tugurios, pero resplandece en los comicios. Juega sus harapos y bebe como un escéptico, pero cree místicamente en los líderes, siempre inferiores a su fuerza y a su fe. Para mí, *el roto* es un santo. San Pueblo de Chile. Su sensibilidad política, su tragedia biológica, su internacionalismo penetrante, su estoicismo, su

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

capacidad de resistencia hacen de él un tipo humano estupendo. Hay que verle la cara en el sol y la sombra, en la alegría y la pena, en la decadencia y la lucha. *El roto* es duro y sentimental. Su humorismo es fatalista. Su espíritu, burlón y tierno a la vez. En su elegante espíritu reconozco la verdad de un pensamiento de Etienne Rey: la ironía es el pudor de la ternura.

—Jorge —interrumpió ella, sin esconder bien en su retintín de amorosa burla la sugestión que le causaban aquellas palabras—, valdría la pena de tomar una versión taquigráfica del discurso. Eres elocuente, aunque un poquito retórico. Te has arrebatado, como si estuvieras en nuestro país, hablando a los estudiantes.

Calló él un instante, impresionado por el recuerdo y, reponiéndose, siguió, amargo y cenceño:

—Nuestro país, decías. Si comparas a nuestro Ecuador con Chile verás las diferencias. Aquí tienes un movimiento popular inmenso y unos cuadros de dirección raquíticos. Me parece el movimiento chileno un gigante con cabeza de pigmeo. Allá, en cambio, nuestro endeble movimiento, por extrañas circunstancias, sustenta una cabezota grotesca y pesada. Me da la sensación de los fetos que guardan los hospitales en vasijas transparentes. De todos modos, Luisa, cuando estudio el proceso chileno me duele nuestro país, atrasado, impersonal, turbio, nuestro país sin esperanza.

Entretanto, sobre la ciudad había llovido estrellas. El frío de la noche otoñal hacíalas temblar, por millares. Para cortar, como rosas, las estrellas del alumbrado público, bajaron a pie, cantando.

* * *

Los penetró un día la certidumbre. Luisa estaba encinta. Llegó la revelación pausadamente, sin el romanticismo de la escena matrimonial estereotipada en los foto-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

dramas. Se pusieron de acuerdo con tremenda sencillez, unidos por la solidaridad de los seres que se sienten perseguidos. Les prohibía la vida la dicha de un hijo. Luisa tenía que segar el impulso vital de sus entrañas. Eso era todo. En la vida pasa así.

Una tarde fueron en busca de la matrona. Vivía ésta en una casa de departamentos, fría y oscura, que denunciaba al entrar la convivencia de un equívoco aseo. Les hicieron esperar en la sala confidencial, poblada de vulgares retratos. La clientela ordinaria desfilaba por una pieza contigua, de salida estratégica hacia la calle Mapocho. Sintieron frío. En aquel lugar, el invierno era más helado. Al fondo del estrecho corredor se abrió la hoja de una mampara y apareció una mujer de mediana edad, angulosa, perfil de buho. Mirando a la pareja, dijo con voz profesional:

—Un momento. Ya los atiendo.

La puerta se cerró nuevamente. Había que pensar en algo para no pensar. Pensaron en la cara de la matrona.

—Sólo le falta la escoba — insinuó él.

—Y la chimenea —añadió ella, a la vez que se quejaba de frío—. Así tendría una estufa.

—Es indispensable. En todos los relatos la bruja sale por la chimenea.

Fué vano el esfuerzo de improvisar una conversación indiferente. Callaron. El silencio, sin embargo, de nada servía. En sus cerebros gritaba un pensamiento herido: "Dentro de un instante mataré a mi hijo".

Entró una enfermera y se dirigió a Luisa:

—Pase, señora.

Transcurrieron largos minutos. La matrona reapareció, esta vez para hablar con Jorge. El precio. El diagnóstico sobre el tiempo de gestación. La hora en que debían regresar al día siguiente.

—La preparo ahora. Lo otro será mañana.

Retornó a la pieza en que esperaba Luisa.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Jorge sintió en los nervios la opresión del tiempo indolente. En la Estación Mapocho silbó una locomotora. Los pesados vehículos, al pasar, dejaban un sonido tembloroso en las ventanas. Miró la calle, detrás del vidrio empañado. La niebla pintaba las cosas. Era gris la estación del ferrocarril con su techo de naipes. Las gentes se condensaban en grupos y se diluían con rapidez. Un caballo fumador arrastraba su carretela, echando humo por las narices. En el horizonte, las fábricas entregaban al cielo sus *stocks* de nubes pardas. Los pasos de Luisa borraron la visión.

En la calle notó él que estaba pálida y que en sus ojos brillaban unas luces de acero. Aquella vez Luisa no quiso apoyarse en el brazo de su marido.

* * *

Regresaron, en efecto, al día siguiente. Jorge esperó, como la víspera, en la sala de los retratos vulgares. El aspecto de la matrona le pareció más siniestro, la espera más angustiosa y culpable. Escapando a la vigilancia doméstica, entró una niña rolliza, con una muñeca en brazos, tan robusta como la dueña. La hija de la matrona desgranó su parloteo de jilguero. La observó. "Te alimentan y visten —pensó— con el dinero de los padres frustrados, con el dolor de las madres desgarradas. Por tus mejillas circula la sangre de los niños que nunca vivieron". La enfermera atravesó dos veces el corredor. Estaba ansioso de saber, pero al mismo tiempo sentía una timidez que lo sofocaba. "Eres una criatura extraordinaria. Vives la muerte de las otras. Vivir la muerte, ¿quién dijo algo de esto? ¡Ah, sí!, Heráclito. La dialéctica". "Ese juguete no te pertenece. Lo usurpaste a los pequeños y sangrientos fantasmas". La niña se acercó hasta poner los brazos en sus rodillas. Acarició Jorge la pequeña cabeza bien cuidada. "Mi hija habría tenido la naricilla picaresca de Luisa, su cabello bronceado y sus mismos labios golo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

sos". El reloj, obstinadamente consultado, aumentó su inquietud. La matrona se presentó, al fin. Traía un gesto de impaciencia.

—No es posible continuar —explicó—. La señora es... cobarde. ¿Sabe? —El estrépito de un camión apagó la frase—. Tratándose de una primeriza, el raspaje es sufrido. ¿Entiende?

—¿Qué se puede hacer?

—Anestesiarla. No veo otra manera.

—Entonces...

—Pero tendría que intervenir el doctor. Yo no doy anestesia.

—¿El doctor?

—Sí, el médico que trabaja conmigo. Está aquí. Ha sido una gran suerte. —Tosió—. El precio es otro, por supuesto. El médico cobra aparte.

—Por favor, en seguida.

Se marchó, llevándose a la niña. La escena se apoderó de Jorge. Su mujer estaría en la mesa de operaciones, cubierto el rostro por la mascarilla. Inclinadas sobre ella, dos personas abominables. Las uñas de "la bruja", hurgando en las entrañas.

Cuando entró al estrecho gabinete, Luisa se hallaba tendida en un sofá, envuelta en unas mantas. El doctor, un hombre de nariz cárdena y ojos perrunos, pasó sin mirarlo, abrochándose el abrigo. La enfermera retiró un depósito de sangre y algodones rojos. Jorge permaneció durante horas junto al cuerpo yacente. El rostro estaba frío y estilizado, la respiración olía a éter, los labios hablaban un lenguaje inconexo. Luisa flotaba en el mundo extravagante de los sueños del éter. "Niñito, niñito", repetía con voz lejana. Era una llamada desvanecida. "¿Me nombra con el diminutivo de la intimidad —pensó dolorosamente él— o está llamando al ser que nunca fué?". Al anochecer, se la llevó en un taxi.

Las veinticuatro horas siguientes calmaron sus espíri-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tus. Los tranquilizó el reposo. Pero fueron horas traicioneras, de paz falsa, en las cuales el aparente estado de Luisa les produjo la sensación de que habían salido de un peligro tortuoso. De pronto, Luisa fué sacudida por escalofríos que desembocaron en la fiebre.

Temerosa de la policía y las amenazas de Jorge, la matrona acudió con un médico, que no era el "doctor" del pequeño gabinete. El recién llegado interrogó brevemente a la enferma. Se inclinó sobre ella para examinarla. Era un hombrecillo redondo, de cabeza cerdosa y caderas de mujer en climaterio. La matrona retiró el catre hacia el centro de la pieza, a fin de que él pudiera trabajar con la mano izquierda. El médico dió una orden seca, de cirujano en hospital de sangre. Luisa temblaba de vergüenza y de fiebre. La matrona levantó arriba de la cintura la camisa de la enferma. Jorge encontró en los ojos de Luisa una mirada de súplica, de protesta y amparo. Le atormentó una cólera sorda, un deseo turbulento de estrangular al hombre que la hurgaba y aplastar los ojos repulsivos de "la bruja". Con la receta en la mano escuchó el diagnóstico y las instrucciones menudas. Probablemente se había declarado una infección en los cordones ováricos, que podía localizarse. En todo caso, no hacía falta hospitalizar a la enferma.

Luisa, en el delirio de la noche, imploró, llorando, que no la dejasen abandonada en el hospital, "porque el mar lo sabía y ladraba en la puerta, esperando que Jorge saliera, para devorarla".

* * *

La angustia entró en el cuarto, donde meses antes un espejo había reflejado la clásica viñeta del fauno y la ninfa. Trabajaba desesperadamente para llenar los gastos que imponían la botica cara, la enfermera, los trastornos de la anormal situación. Con la idea de evitar más zozo-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

bras a la enferma, escamoteaba el precio de los costosos medicamentos o sacaba de la pieza, usando las precauciones de un ladrón, las prendas de vestir y los objetos destinados a las agencias de empeños. Eran días hostiles, de frío pegajoso, de lluvia intransigente y luz muerta. Salía temprano, apenas llegaba la enfermera, con una pesada maleta de libros. Su cerebro no podía crear, el trabajo había degenerado en la actividad mecánica del oscuro vendedor. Recorría las oficinas, las escuelas, los hospitales, con el ánimo marchito y la imaginación encerrada en la pieza de olor a medicinas. Ganaba el dinero en cantidades insospechadas, pero siempre más débiles que la necesidad. Los clientes escuchaban, por lo general, con bondadoso interés, al hombre de dicción extranjera, que, según ellos, pronunciaba melodiosamente el castellano de su país e inspiraba una simpatía humana. En una de esas jornadas fué al mejor hospital de la ciudad, provisto de una tarjeta de presentación. El destinatario escudriñó al portador y marcó en los catálogos, sin preámbulos, algunos títulos de libros. Lo invitó después a visitar a los demás colegas. Atravesaron las salas pestilentes, llenas de un olor a humanidad desgraciada. El guía era un hombre corpulento, de cabeza rapada y brazos velludos. Se detuvo al fondo de una sala de enfermos, donde los médicos retozaban como chiquillos, y, adoptando una actitud de orador callejero, dijo:

—Camaradas, este señor necesita que le compren libros. Tiene hambre.

Pasadas unas horas, el hombre bonachón entraba a la pieza de Jorge, para examinar a la enferma. Mascullando su ira contra "los hampones de la medicina", expuso la verdad. La infección era maligna. Luisa luchaba con la muerte.

En adelante, el drama absorbió por completo el tiempo y los sentidos de Jorge. Día y noche permanecía junto a ella, vacilando entre la desconfianza y la fe, leyendo en el

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

rostro de la enferma, en la sombra de la habitación, en las ampolletas cristalinas y los vagos quejidos. Por aquel tiempo había invadido la pensión una música obstinada, igual, que se repetía como la lluvia del eterno invierno. Eran las notas de "Sevilla", de Albéniz. Una alumna del Conservatorio estudiaba la partitura, sin cesar. El piano, alejado por las costinas fónicas del día, tornábase nítido y omnipresente cuando la noche se alzaba en la habitación, desnuda de rumores diurnos, pura, fija como las estatuas.

Escuchando esa música nerviosa, Jorge acechaba el camino de azogue en el termómetro, enjugaba la cabeza de la enferma, reducía a pedazos el bloque de hielo que debía refrescar el infierno de la pobre entraña, sentía miedo de la soledad inminente. Sólo en la alta noche callaba el piano. Mas, el polvillo sonoro continuaba vibrando en el aire de la habitación, reproducíase en series infinitas el ritmo apresurado de "Sevilla". Tararán — tararán — tararán, galopaba la fiebre. Tararán — tararán — tararán, latían las sienes de Jorge. Ondulaban en seguida los sones lánguidos, melancólicos, preludio de un dolor inmortal, y todo volvía a comenzar sin descanso. En el cerebro de Jorge se habían impregnado los vapores sutiles. Jorge los inhalaba durante la vigilia y el sueño. ¡"Sevilla" de Albéniz!

Llegó a una convicción fija: Luisa agonizaba. La dureza armoniosa del joven cuerpo devenía blandura exangüe, mórbida, viciada por las emanaciones de la infección. Se descomponía la rosa de cercenada primavera. Durante los fugaces instantes lúcidos, ella vivía en su ternura, en sus mimos infantiles, en su feliz pureza de amante. Destellos, apenas. La luz de su espíritu habíase refugiado en los celestes ojos, de pupilas circundadas por chispas grises. Una madrugada, la última madrugada de los dos, Luisa se fué quedando dormida, envuelta en las sedas de la suave morfina, con la leve dulzura de sus diarios sueños.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Entre las manos de Jorge la mano inerte se resistió largamente a enfriarse.

Una carroza rodó al otro día por la Avenida Pedro de Valdivia. En el único automóvil de acompañamiento iba Jorge, solo. Su inflexible pedido hizo desistir a las enternecidas señoras de la pensión y a unos amigos accidentales. La calle, tan familiar y querida, miró al féretro. Jorge creyó distinguir la silueta de Luisa en el almacén de frutas, sonriente, abrazada a las doradas naranjas. La vió al doblar la calle Providencia, en la orilla del parque, desprendiéndose de su brazo, ágil y radiante, para festejar el entusiasmo de los niños que gritaban junto al estanque, en la competencia de los barquitos de vela. Detrás se alzaba el paseo amigo, el cerro San Cristóbal, que avivara el optimismo de sus viajes soñados: Buenos Aires, Río de Janeiro, el Caribe. Aprisionada en una caja de madera pasó junto al Parque Forestal, por última vez, la criatura que hacía poco corría entre el follaje. Una procesión inmovilizada de árboles secos, árboles con los brazos clamantes, levantados al cielo, le hizo guardia de honor. Por todo el trayecto el invierno ofrendaba sus flores de ceniza. La carroza tomó por la Avenida La Paz. Llegaron al cementerio. Pasando el confín de las estatuas y los mármoles, en un rincón de los pobres, enterraron a Luisa. Jorge presenció con ojos secos la breve eterna faena. Frente a la tierra recién cerrada se mantuvo unos instantes, invadido por el supremo cansancio del ser que cumple su destino. Apretó el ramo de flores que, en la pensión, dejara sobre el ataúd una mano borrosa.

* * *

Cuando el fragor de los aplausos hizo despertar a las luces del Teatro Municipal y la compacta inmovilidad del auditorio fué rota en innumerables pedazos, irguióse nuevamente la figura del hombre que, desde el anónimo asiento

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

de la galería, había asistido a su resurrección interior. Reapareció la imagen enlutada y avanzó sobre el público, como en los *films* donde el protagonista cuenta sus recuerdos.

Santiago de Chile, 1940.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

ATORRANTE

—Te regalo ese collar de brillantes, nena.

El español señaló la línea de luces en la garganta de la bahía. Corría *la micro* hacia Viña del Mar sobre el asfalto mojado de luz. Era un nocturno de Chopin: el mar clamoroso, la luna tísica, el desmayo de un paisaje fulgente. ¡Oh, nocturno inefable de Viña del Mar!

La mujer contempló con mirada frígida el paisaje invariable. ¿Era eso un collar? ¡Bah!

—Si no quieres, lo dejas.

Un sacudón del vehículo hizo chocar sus cabezas. Rieron.

Juan Carlos miró al español sin comprender su felicidad. Como el otro, a su lado tenía una amiga desconocida.

—A usted, señorita, en lugar de joyas imaginarias le ofreceré un cigarrillo.

—Es más práctico.

La micro se detuvo en una plaza apretada de automóviles. Bajaron. La mujer reclamó el cigarrillo. La llama del fósforo iluminó sus cejas depiladas a lo Jean Harlow. Se extraviaron por las callejuelas de un barrio chato. Viña antigua. El español advirtió el silencio de su compañero.

—¿Por qué tan callado, Juan Ce? Anímate, hombre.

Para convencer entonó una copla alusiva. Sabía muchas. Las cantaba a manera de refranes, como guiones de la conversación.

Entraron a un bar. Denso y vinoso ambiente. Las mezcladas voces formaban un rumor babélico. Los bebedores golpeaban rudamente con unos vasos de cuero y sobre las mesas rodaban los albos dados, como dentaduras desgranadas. En la radio fluía una voz de miel que endulzaba más el estribillo de la canción de moda. La pega-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

josa miel se adhería a los oídos: "Damisela encantadora, por tus besos yo me muero" . . .

—¿Bailamos, mijito?

Separaron unas sillas. Las parejas se abrazaron. Juan Carlos notó en la amiga una ridícula austeridad. ¿Se hacía la interesante? Pronto comprendió. El ojo clínico de la profesional había descubierto la trama manida del casimir. Por lo demás, ella no necesitaba del tacto. Su mirada experta tomaba velozmente la radiografía del bolsillo. Su pensamiento afloraba en los ojos. El español debía fijarse en ella y no en la otra. Mala suerte. El español lucía la arrogancia simpática del que paga la cuenta. Unidos flojamente por la cadencia del vals, los cuerpos evitaban los obstáculos.

—Usted no está a gusto —dijo ella, para aliviarse de su propio descontento—. ¿Qué tiene?

Cesó la música. Se sentaron.

—¿Todos los colombianos son como usted?

Interrumpió risueñamente el español:

—A estos del trópico el sol les quemó la alegría.

—Raro —comentó la mujer—, porque yo conocí a un chiquillo de Buenaventura . . .

Y, con la mano en la mejilla, inventó un folletín, que la puso triste.

Las jarras de vino y frutas maceradas principiaron a rociar sus instintos. Acuciados por el español, bailaron nuevamente. Pero esa axila de horrendos olores, ese desgano impersonal, ese rostro sin ternura . . . Otra vez buscaron su rincón.

—Alégrate, chico — insistía el español, mordiendo el brazo desnudo de la compañera.

Juan Carlos sonrió. ¿Quién sería ese eufórico amigo que conoció la víspera? ¿Turista, espía de Franco, tratante de blancas? Un obstinado pensamiento le ausentó, al cabo. Era su debilidad, agravada por el alcohol. La pena de la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

tierra distante, de un amor truncado para siempre, asido al recuerdo de la tierra.

Decididamente, la amiga de Juan Carlos no ocultaba sus bostezos. Había que marcharse. Mediante un permiso en falso, Juan Carlos se evadió.

La noche, amante de los desamparados. Caminó unas cuadras por la calzada de cemento, sintiendo en la piel la respiración del mar. "Mejor así. Necesito descansar. Mañana debo levantarme con cara nueva". La noche consuela inútilmente a los desamparados. *Damisela encantadora* . . . Silbó la porfiada cancioncilla, sin darse cuenta.

El Casino. Por la gradería de mármol subían y bajaban deslumbrantes mujeres. Iban y venían presurosas. ¿Qué clase de voluptuosidad las atraía? Algunas permanecían en los jardines, como alondras fascinadas. Eran visiones leves dentro de los sutiles vestidos de noche. De pronto, bajo la capa de pieles nacía un hombro desnudo. Juan Carlos contempló aquel mundo inalcanzable, disimulándose en su timidez, confundido entre los ambiguos y clandestinos vendedores de entradas. De ese modo, no reparó en que el electricista del cielo, para completar la iluminación del Casino, acababa de poner la luna sobre las terrazas.

En un tranvía de gente pobre regresó a Valparaíso.

De la estación se encaminó al suburbio. Por las noches, sobre todo las noches lunadas, le encantaba subir a su barrio, el empinado cerro de calles alpinistas. En los descansos de la tortuosa gradería se dejaba estar, mirando a sus pies la llanura urbana de luces temblonas, que se extendía hasta desaparecer en el desierto del mar. A tal altura, Juan Carlos podía casi tocar con los dedos las vecinas cimas, mientras pronunciaba los nombres familiares: Barón, Florida, Perdices, Cerro Alegre, Playa Ancha . . Otras cumbres brillaban también en el horizonte nocturno. Era un archipiélago luminoso.

Cuando llegó a la pensión del señor Reyes, buscó la

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

llave en el sitio convenido. Nada. Su mano hurgó en la tierra vacía. ¿Lo habría olvidado el señor Reyes o estaría harto de brindarle hospedaje? ¡Hum!... Sabía él que era la última noche, el último favor, que la fastidiosa usurpación del sofá iba a terminar. Al día siguiente el parásito se convertía en hombre: tenía, por fin, empleo. ¡Trabajaría! Esperó, sentado en la escalinata de piedra, rumiando la confianza del próximo día. Su amigo habría ido al cinema, no tardaría. Un delgado friecillo de verano le hizo entender que la noche envejecía. Como de costumbre, hasta su soledad una mujer se acercó, de puntillas. Era el mismo e inexorable recuerdo. Para ahuyentarlo se levantó y exploró las calles adyacentes. Su movimiento era también un ardid para apresurar la llegada del amigo. Alejándose del lugar se cumpliría el deseo, porque la suerte, como la gente, parece menos sádica cuando no descubre la angustia en la cara. Es inocente la esperanza de los desamparados.

Tres cuartos, una hora. Juzgó que era tiempo de volver para encontrar la llave. Vana estratagema. El talismán de su reposo no estaba allí. Las altas ventanas de la pieza, obscuras, como antes. ¿Y si, habiendo llegado ebrio el señor Reyes, la amnesia alcohólica suprimió el detalle de la llave? Golpeó enérgicamente la puerta. Nadie se movió en la casa. Respondió, lejos, el opaco ladrido de un perro. Otros clamores fueron multiplicándose en el barrio. Como si esperase sólo la batuta del director, la orquestación del suburbio despertó. Unicamente la piedad humana conservaba su sueño de piedra.

Un lecho. ¿Dónde? A medida que descendía, retornando al centro de la ciudad, el plano luminoso perdía su vibrante plasticidad, se dispersaba en innumerables gotas muertas. Junto a las dársenas los barcos dormían plácidamente. Más allá, en la suave colcha del mar, descansaban las embarcaciones ancladas. Todo dormía, menos la inquietud del vagabundo.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tanto como quería a los cerros populosos, el forastero execraba al sector urbano, de calles planas y bursátiles, donde, según frase suya, la dignidad contemplativa tenía que reptar en acecho del vil dinero. Vagó, noctámbulo forzado, por calles y parques. Paseó su rencor ante los hoteles lujosos y herméticos, detrás de cuyas puertas velaban los sirvientes de librea. ¿Ir a una posada de última clase? Los contó: seis pesos, bulto por demás liviano en los bolsillos. Una taza de café y cigarrillos o un poco de vino tóxico. Había que intentar en el Ejército de Salvación. Anduvo de prisa.

Apretó el botón del timbre. Una voz de viejo contestó:

—¿Quién?

—Necesito una cama, por favor.

Se abrió una ventana, empotrada en la madera de la puerta. Aparecieron, bajo la luz exterior, unos ojos de sabueso y unos pelos hirsutos. La voz sonó más cerca.

—No hay — dijo el portero, después de una rápida observación.

—Vea, acomódeme en cualquier parte, sólo por unas horas.

El hombre cerró la ventanilla, rezongando.

De nuevo recorrió las calles, sacudidas por el estrépito de los desvencijados tranvías. Reanudó sus fugas mentales, sus portentosos planes, sus aventuras, sus asaltos a transeúntes de hinchadas carteras, cuidadosamente escogidos, sus cinematográficas escapadas de atónitos policías, sus entradas soberbias al palacete, donde pajes amaestrados recogían ceremoniosamente el abrigo, los guantes y la bufanda de seda blanca, mientras él se dirigía al lecho aterciopelado, de cortinajes solemnes, para dormir, en absoluto sueño, días, semanas, meses . . . No, esa noche debía reponerse, descansar, puesto que le era preciso acudir, con aspecto decente, a su primer día de trabajo en el país hospitalario. Después de horas escasas iba a transformarse en

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

un elástico, optimista y persuasivo agente de publicidad. Sueldo y comisión. Se decidió a buscar la posada equívoca, que le repugnaba. No había más remedio.

Orientándose entre los callejones de un cerro, dió con el miserable caserón. Entró cautelosamente.

—Una cama.

—Pago adelantado, ya sabe.

—¿Cuánto?

—Diez pesos.

—Es que, fíjese . . .

Secamente, el empleado le atajó:

—Hable con el patrón.

Miró, azorado. Al fondo del corredor vigilaba un hombre. Era una paradoja su corpulencia, junto al diminuto escritorio, en la estrecha oficina.

Juan Carlos fué resueltamente hacia él.

—Señor . . .

—¿Qué dices?

—He andado toda la noche buscando un albergue. Tengo seis pesos. Recíbalos. Mañana a la tarde vendré con el resto.

—Deja el carnet de identidad.

—No lo he sacado, pero mi inscripción consular . . .

—A ver.

El patrón leyó, con su laboriosa pronunciación árabe: "Juan Carlos Mo-re-ira. Nacionalidad col-om-bi-a-na". La luz de la ampolleta sacaba brillo a los verdosos cachetes. Bajo la gorra eran más retintos los ojos beduinos. Sobresalían los anchos hombros de luchador.

—No sirve.

—Mire, señor . . .

—No se puede, digo.

En una taberna de marineros trató de entregar al vino su cansancio. Vino horrible. Reaccionó. No debía emborracharse. Con los ojos irritados y el aspecto trasnochador impresionaría mal al jefe de la radiodifusora, que sería capaz de anular la orden de trabajo. Lo tomarían

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

por un alcoholista. Vicioso, no, señor gerente. Solamente pobre. Pagó la cuenta.

—Yo anduve por su tierra, ñor. Venga, sírvase un cacho e'vino conmigo. — El desconocido anfitrión estaba ebrio.

Salió precipitadamente de la taberna. Oyó un insulto.

Las aguas de la Plaza Echaurren —plaza mayor de la gente marinera— estaban crecidas. Era una turba de seres disímiles, pulcros o harapientos, silenciosos o eufóricos. Bamboleándose, los marineros atravesaban la mar gruesa de la borrachera. Apoyados algunos en los brazos de las prostitutas, por parejas o en ruidosa cadena, cruzaban la plaza, como ciegos. Más tarde se abrazarían a ellas convulsivamente. Juan Carlos envidió la brutalidad y el lecho anónimo.

Rodar otra, otra y otra vez por las calles comerciales. Ver los rótulos de las tiendas cerradas, leídos hasta sentir náuseas. Notar que la vegetación humana de la noche se vuelve rala y enflaquece, que las sonoras pisadas sobre el pavimento van muriendo en el eco. Esperar sin esperar en las esquinas indiferentes. Abandonar un rincón cualquiera, empujado por la mirada del carabinero. Aborrecer el canto estúpido de los ebrios. Maldecir al perro que huye, al papel que juega con el viento, al fantasma de una nube en el retazo del cielo, a la dolorosa mala vida. Andar. De alguna manera había que matar el tiempo. La tarea le dolía en las espaldas, le pesaba sobre los párpados, le ardía en los pies.

Ciudad de monumentos feos, Valparaíso. Juan Carlos los conocía y apostrofaba de memoria. Eran, no obstante, sus confidentes. Por la noche brillaba más fantásticamente la fealdad de los bronces y los mármoles. Se sentó frente a una masa, que le recordaba un *film* de Chaplin. Charlot, añoranza entrañable de los desamparados. En el monumento podría esconderse y dormir, sin duda, como su hermano, el atorrante de la ficción, si el carabinero no rondara alerta, desde que cierta noche un borracho trepara

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

arbitrariamente para defecar en el grupo escultórico. ¡Venganza canalla por una ofensa a la estética! Las materias fecales amanecieron colgando de una estatua mágica, figura de héroe o torero, cuya pose era su gloriosa condena al ridículo. "La ciudad —¡oh, abominable estatua!— te rindió después un apoteósico desagravio, pero no debió conservarte. Las ciudades son como las madres, para ellas no hay hijos feos". Gustó de la frase, la rumió mentalmente, hasta arrojarla a través de un largo bostezo.

Y bien. Hacía rato que la idea se encendía y apagaba en el cerebro, como las luces distantes de la bahía. Bordeando el análisis, dominó poderosa la urgencia de un lecho tibio, duro o blando, limpio o sucio. ¡Dormir, aunque fuese al rescoldo del amor trashumante! Una mujer sana, una mujer podrida. Las valoraciones habían perdido sus contornos. Sólo un deseo absoluto vencía su voluntad. Juan Carlos, levantándose, adoptó la actitud del cazador clandestino en campo prohibido. No tardó en presentarse el lance. En dirección opuesta a la suya caminaban dos mujeres. Al pasar bajo la luz eléctrica las examinó rápidamente. Eran de las rezagadas, de las más infelices, las que, al fin de una noche infructuosa, retornan sin hombre. Hechas para él, exactamente, pensó.

—Hola, niñas.

Las tres criaturas se detuvieron un momento, se observaron, como hacen los perros y las hormigas, y luego caminaron juntas.

—¿A dónde iban?

—A nuestra casa.

Parecían viejos conocidos. Una de las mujeres se adelantó prudentemente, resolviendo el problema de la selección natural, sin jamás haber leído a Darwin.

—¿Y tú, dónde ibas? — esta vez fué ella quien preguntó.

—Sin rumbo. . . —dijo él, con un temblor de voz. Se repuso—. ¿Vives lejos?

—En Playa Ancha.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Lejos.

Procuró agradarla en la conversación preliminar. Su extraña dicción, su patria, los países que había visto, verdades y fantasías. Entretanto, la estudiaba. Más que fea, era acabada, triste. Gruesa. Caída de nalgas. El grosero maquillaje, en vez de disimular, mostraba rudamente la carne marchita. No se había equivocado, era efectivamente de las últimas. Aquella evidencia reanimó su esperanza.

—Playa Ancha . . Iría contigo hasta el fin del mundo.

—¿Ah, sí?

Rió. Femenina y clara risa. Era imposible no reparar en el detalle amable.

—Palabra.

—Entonces, vamos.

Se acercaban a la Aduana. Un tranvía sonámbulo daba maquinalmente la señal de partida. Era el momento, pero el temor volvió a manifestarse. La otra mujer iba adelante, guardando una estratégica distancia. Esa escolta acabó de intimidarlo. Era mejor, sin duda, aclarar el punto, antes que enredarse en inminentes complicaciones.

—Mira, llevo poco dinero. Pero mañana . . .

La voz de ella se ensombreció:

—Poco . . ¿Cuánto?

—Una pequeñez. Si tú . .

Desvió la explicación. Buscó un rodeo.

—Yo mañana saco plata. Trabajo en una radio, ¿sabes? Si no desconfiaras . . .

La bocina de un automóvil y su timidez apagaron la frase.

—Sigue.

Las palabras tropezaron. Nuevamente el pensamiento hizo una curva.

—Apenas saliera de tu casa, mañana, ¿ves? En la oficina me deben una plata . . .

—Dí no más. ¿Cuánto tienes? — cortó ella, impaciente.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

—Cuatro pesos, creo.

La mujer paró en seco. Bajo la luz que despedía el caserón de la Aduana, sus ojos pestañearon. La voz salió lenta y pastosa.

—Cuatro pesos miserables. ¿Pero qué te has creído? Mijito, ni para el agua de lavarse la . . — Una palabrota se asfixió casi, estrangulada por la risa sorda. Corriendo, alcanzó a la compañera.

Le apedrearon, desde lejos, las carcajadas de las dos mujeres.

Volvió hacia las calles céntricas. Una helada ráfaga del mar llenó la plaza. Se encogió. Aplastábale su realidad miserable. No era por el fracaso de una noche sin albergue. Muchas veces durmió a la intemperie el vagabundo, mordido por la pobreza, en las ciudades extranjeras. Era su vida sin albergue que le agobiaba. Era su vida sin ternura que le hacía estremecer de frío. Recuerdos. Fracasos. Algunos remordimientos. Siempre el pensamiento obstinado fabrica incansables venenos, aunque el cuerpo esté a punto de troncharse. Vida sin albergue. Una gran porquería. Todo en ti es naufragio — dijo, sintiendo en la boca el amargor del verse ajeno.

Frente al monumento principal frenaron las piernas automáticas. Encontró más grotesca la majeza del héroe: actitud de paso de baile, la mano izquierda en la cintura, la espada torera en la mano del brazo extendido, apuntando al trozo de luna bohemia. ¡Olé! —exclamó sarcásticamente—. ¡Maldita sea tu estampa!

Como vomitado por la entraña del monumento, salió un chiquillo haraposo, lombriz de la noche.

—¿Ha perdío algo, cabayero?

—Sí, la vida.

Hasta que, empinándose detrás del carabinero, el alba mostró su faz de mujerzuela pintarrajeada.

Santiago de Chile, 1938.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

COPACABANA

Marzo.

El deslumbramiento del paisaje, más fuerte que el dolor físico, le retuvo en la ventana. Los ojos le quemaban —anuncio de la fiebre—, pero la inmensidad del mar tenía un efecto sedante. Su imaginación divagó. Un pintor fracasaría si intentara llevar al lienzo los colores de Guanabara. Equivaldría a aprehender los colores del sueño. Son tan irreales, que aún percibiéndolos en su realidad continúan siendo los colores del sueño.

En la vasta elipse de la playa se movía una muchedumbre de bañistas. Las blancas arenas de Copacabana estaban profusamente decoradas por los quitasoles, hongos multicolores. La luz tropical creaba inagotables matices sobre la piel del mar. La hora era azul. Su tersura invitaba al tacto, como las cabelleras de los niños.

Darío González, frente al paisaje, era un ausente. Como el agua y el cielo azulaba también el recuerdo de la distante estancia, perdida en la fría Patagonia, donde el abuelo levantara una fortuna, con sus brazos de emigrante. Su vida había sido plana y fácil, igual que las infinitas llanuras consteladas de ovejas. Recordó de pronto al doctor Pablo. La contemplación del paisaje se asociaba frecuentemente a la imagen del judío refugiado, perfil inseparable de una voz que dialogó con el peligro y la muerte. "Vea el mundo, Darío. Vaya a Río de Janeiro, la costa azul de su América". Sí, la llegada de aquel noble tipo de vagabundo había decidido el triunfo de un anhelo que ya luchaba en la industriosa y monótona estancia. Viajó. Muy lejos quedaron sus montañas nevadas. Ahora era un prisionero del trópico.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Covarde eu sei que me podem chamar
porque não guardo no peito esta dor,
atire a primeira pedra yayá
aquele que não sofreu por amor.

La voz mulata venía de los interiores de la casa y con ella los últimos resplandores del carnaval. Darío, sintiéndose tocado, dió bruscamente las espaldas al mar. Fué hacia la puerta. Su sensibilidad recibió el contraste. Afuera, la fascinación de una naturaleza paradisiaca. Adentro, la miseria humana palpitando, exuberante como la propia naturaleza. No tenía más que andar unos pasos y abrir la puerta de su habitación para atravesar la frontera que separaba a un mundo de otro. Darío cerró con llave la puerta y se dejó caer en el lecho. Sentía frío en el ardiente trópico. Un cortante temblor le sacudió, estremecimiento precursor de la alta temperatura. Latían los ganglios hinchados, en la juntura del muslo y del tronco. El dolor hizo que los palpara. Se estremeció nuevamente, pero esta vez de miedo. Le agobiaba el espanto de aquel día azul. ¡La sífilis! ¡La evidencia de la sífilis, sentida por primera vez en la vida! Se acurrucó como un niño. Pronto se expandieron en sus venas los vapores calientes de la fiebre.

Tendido en la mesa de acero, soportaba la presión de los dedos enguantados y el interrogatorio clínico.

—¿Treinta años? La edad de las mayores locuras, dicen.

La potente luz de una lámpara enfocaba los genitales.

El médico, pequeño como un gnomo, mostró al reír sus dientes de lobezno. Sobre el escritorio pendía el retrato de Caperucita Roja. Tenía en la boca una pústula.

—¿Estuvo con alguna sospechosa?

La bofetada de esas palabras le ardió en la cara. ¡Nyra, mi revelación, mi diosa inmortal! Una mañana viniste a mi encuentro, saliendo del mar, como Venus nacarada.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Una noche, serpiente verde, te enroscaste a mi cuerpo. Tus ojos habrían fascinado a Jean Lorrain. Claros ojos de mulata, aguas misteriosas que marcan la confluencia de dos razas. La ágil *peteca*, juguete de plumas irisadas, provoca en la playa sonora tus actitudes estatuarias. Lanzándote para devolverla en el aire, vibra tu carne de pantera. El trópico milenario está en ti y tu aliento es la selva, donde germina el veneno.

—Vamos a extraer el suero de irritación.

El médico hurgó la carne herida con la barrita metálica. Sintió en el sexo la penetración quemante. Las dos minúsculas llagas, redondas y bermejas como los ojos de un faisán en celo, se cubrieron de una agua rojiza.

Los *pandeiros* estremecían la sala terriblemente iluminada. Nyra se balanceaba en las ondas de la música mulata. Bajo el torrente de luces era más trigueña su carne tostada por los soles de dos razas, eran más albos sus dientes de espuma. Casino de Urca, infierno de sonidos, deslumbramiento de rosas tropicales. Nyra se inclinaba sobre las ruletas como si viese un abismo.

—¡Darío, cómo *você* mira a las meninas del trapecio! *Você* desea que caigan aquí en la mesa para atraparlas.

Su *você* de miel . . .

El médico fué al microscopio. Tuvo un impulso de saltar y caer sobre él para estrangularlo. Iba a violar su secreto el gnomo sádico. Se contuvo apenas en su posición humillada, sobre la mesa de observación. Hizo una pregunta cándida:

—Dígame, doctor, esa fotografía de Caperucita, con la pústula en la boca, es Tiradentes o Cristo?

Los *pandeiros* estremecían la ciudad. De los poblados morros resbalaban los humanos torrentes negros. Por la Avenida Rio Branco avanzaba la bronca y profunda orquestación de la selva, con sus lanzas, sus plumas y sus teas encendidas.

—Vamos a *brincar*, Darío.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Nyra mecía sus caderas elásticas. La ciudad balanceaba también sus caderas morenas. Nyra estaba en todas partes. En la Plaza Once y el Teatro Municipal. En la Avenida. En Copacabana y "La Bola Preta". La ciudad era Nyra. El carnaval era el rito de Nyra.

Habló Benedicto, su amigo, el *caboclo* taciturno y "malhumorado como un dios":

—Cuidado, estas bellezas son podridas.

¡Pero si había escanciado la pureza de Ella una noche de fiesta pagana! Sepa usted, Benedicto, que la he de llevar a mi tierra, a la estancia de mi padre, como esposa mensajera de fuerza y fecundidad. Benedicto, usted está borracho. Usted es un árbol rezumante y añoso. En su fronda africana arde el fuego líquido de la caña de azúcar y danzan su zarabanda los *orixás* de la *cachasa*.

—Esas vampiresas de Copacabana son peligrosas, señor — advirtió el médico, levantando hasta los ojos la placa de vidrio.

—Mientes, Benedicto.

El grito del náufrago voló en la soledad del mar.

—¡Mienteeeees!

Las olas se alborozaron por la ocurrencia. Guanabara, pérfido sueño. Sobre tu paisaje puro —cromo barato de Dios— arrojaré el manchón negro de mi angustia.

—Las roseolas, llamadas sifílides, florescencias de sifílides.

La voz del médico emitió el sonido de las misteriosas palabras como el solista la frase musical. El médico dió tres golpecitos sobre el atril, con la batuta de vidrio. Sifílides. Las paredes de la sala refractaron la luz orquestal. En el bosque fulgían estrellas de hadas. Surgieron, por fin, en torno del estanque las desnudas sílfides y danzaron un *vals* de Chopin. Por las venas quemadas del enfermo se expandía la música divina.

Señalando a un grupo de ciclistas, espléndidas mucha-

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

chas de *shorts*, que atravesaban la Avenida Atlántica, Benedicto murmuró:

—Vea, amigo, qué hermosos espiroquetas pálidos, en bicicletas.

Nyra, maldita, te arrastraré de los cabellos por el barrio entero, denunciaré al mundo tu podredumbre. En la caliente arena de Copacabana el cuerpo de la mulata onduló junto a él. Tostaba más el sol su carne de trigo. Su mano le acariciaba la frente:

—Darío, *eu gosto de você*.

Su *você* de miel. . .

Irguiéndose, corrió hacia el mar, que la recibió —tal un garañón piafante—, echando salada espuma por el hocico.

El médico puso la secreción en la placa de vidrio y añadió unas gotas cristalinas.

—Es sal, señor. Al bicho de la sífilis le gusta el agua salada.

Darío González tembló en el lecho, como de pequeño en las inmensas noches de la estancia, acosado por terrores oscuros.

El mar descargó un latigazo furioso sobre la playa de Copacabana y las ventanas de la habitación temblaron de miedo.

Río de Janeiro, 1942.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

INDICE

Calabozo 51 9

Cacería 69

Noche 79

"Sevilla" de Albéniz 87

Atorrante 101

Copacabana 111

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

El 8 de junio de 1948
se terminó de imprimir
este libro en los talleres de la
EDITORIAL CLARIDAD, S. A.,
San José 1627-45, Bs. Aires,
bajo la Dirección General de
ANTONIO ZAMORA

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo